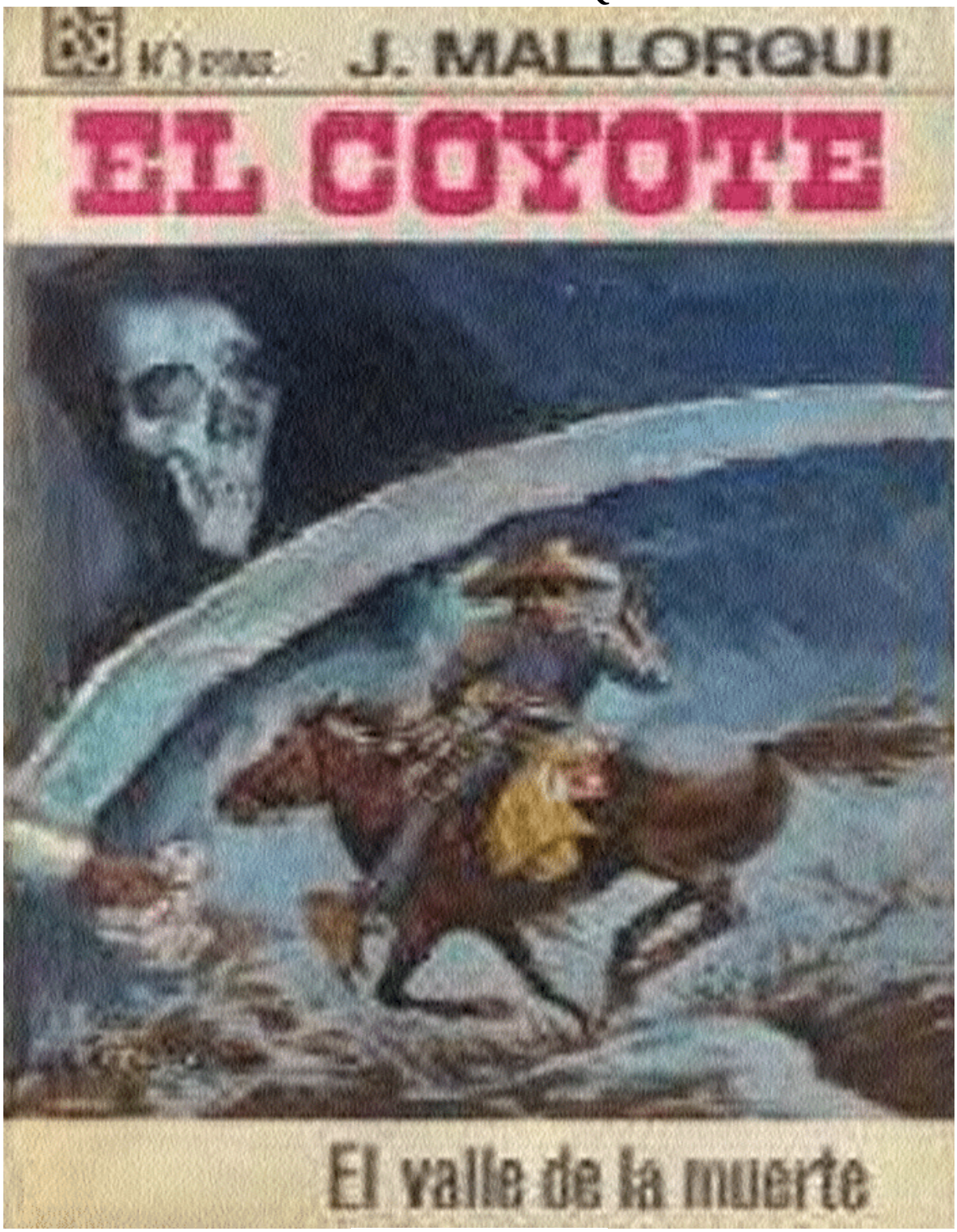
El Coytote 4, El Valle de la Muerte
José MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com



Capítulo primero

Yo soy la ley en este valle

-Todo cuanto le dijo su cuñado, don César, es tristemente cierto -suspiró Jacob Bauer-. La Ley en este valle no existe. Y más que no existir es que ni se conoce, ni se menciona por nadie. El asesinato está a la orden del día. Hasta hace unos meses, y quizá usted me juzgue mal por lo que voy a decir, estábamos relativamente tranquilos porque las víctimas de esos misteriosos bandidos eran, sólo, mejicanos, quiero decir, californianos. Puede que en nuestro pecado al tolerar la repetición de aquellos crímenes esté nuestra penitencia y se justifique nuestro castigo, pues ahora somos víctimas también nosotros.

-¿Todos los californianos que poseían tierras han sido despojados de ellas? -preguntó César de Echagüe.

-Sí -contestó Jacob Bauer, que vestía a la moda de los hacendados del Oeste, es decir, con pantalón embutido en altas botas de montar, chaqueta corta y camisa clara. Su

abundante cabellera listada ya de gris y peinada hacia atrás estaba cortada por debajo de la nuca. Una faja de lana le ceñía la cintura y de ella pendía un sencillo cinturón de cuero con una funda vacía. El arma destinada a aquella funda, uno de los primitivos revólveres Colt modelo Paterson, había sido dejada poco antes sobre la repisa de la chimenea del salón de la casa de Bauer.

Su compañero vestía a la moda mejicana, y quienes conocían a César de Echagüe como uno de los hombres más ricos de Los Ángeles y, también, como uno de los que mejor vestían, hubiéranse asombrado viéndole ataviado más como un peón que como un hacendado.

Jacob Bauer habíase asombrado bastante al ver llegar a aquel hombre, tan distinto del que esperaba. Su asombro fue tan grande que no pudo evitar revelarlo.

-El señor Greene me habló de que usted era el hombre más indicado para ayudarnos a resolver el misterio de estas tierras; pero temo que no esté muy en condiciones para lograrlo. La gente de aquí es muy dura.

-Yo también lo soy -sonrió el californiano-. Lo que ocurre es que a veces me invade cierta languidez o cansancio y entonces, durante unas semanas, no soy capaz de mover ni un pie; pero después de un buen descanso estoy en condiciones de moverme muy bien.

Bauer sonrió levemente y luego, inclinándose hacia César, dijo:

-¿Consideraría usted una indiscreción muy grande por mi parte que le preguntase qué motivos le han impulsado a venir aquí?

César de Echagüe tardó unos minutos en contestar. Durante todo este tiempo estuvo eligiendo, entre varios, un buen cigarro, examinando hasta el menor detalle de la hoja exterior, luego lo encendió como si en vez de un cigarro se tratase de una varilla de incienso destinada a un dios pagano y, por último, después de aspirar con fruición las primeras bocanadas de humo, contestó:

-En primer lugar me interesa visitar la región del lago Owen, después quisiera visitar las laderas del Whitney y los altos árboles que crecen por allí y, finalmente, y esto debe quedar entre nosotros, quisiera adquirir ciertos terrenos.

-¿Puedo preguntar cuáles?

-Desde luego; pero quizá yo no le conteste -sonrió César.

-¿Por qué? ¿Es que no tiene confianza en mí?

-Tengo confianza hasta cierto punto; más allá del cual cesa la confianza y empieza la prudencia.

-Perdone mi indiscreción -replicó, con evidente disgusto, el estanciero-. Pensé que podría ayudarle.

-No se trata de tierras próximas al lago Owen -replicó César-. No quiero hacerles una competencia demasiado grande. Lo que yo quiero está situado, según sospecho, en el Valle de la Muerte.

-¿El Valle de la Muerte? ¿El peor lugar del mundo?

-La Naturaleza tiene la desagradable costumbre de colocar sus mejores dones en los puntos peores.

-¿Cree que en el Valle de la Muerte hay oro? -preguntó, anhelante, Bauer.

-Estoy seguro de que en el Valle de la Muerte hay oro; pero no es eso lo que a mí me interesa. El oro abunda en mis tierras, y tengo a bastantes peones trabajando en su extracción. Busco otra cosa.

-¿Agua salada? -preguntó Bauer.

-Tal vez -rió el californiano-. Pero eso no tiene demasiado interés para usted. Explíqueme todo cuanto ocurre en el Valle de la Grana.

-Creo que su cuñado ya le explicó lo que sucedía. Existen fuerzas ocultas que

han organizado el crimen de tal forma, que en menos de un año los californianos que poseían tierras en este valle se han visto despojados de ellas de dos maneras: En primer lugar, se les ha obligado a vender a cualquier precio. Una tercera parte de esos campesinos comprendió en seguida que en su lucha contra nosotros, y con ello me refiero a los norteamericanos, llevaban las de perder y vendieron casi antes de ser conminados a hacerlo. Así se vendieron unas setecientas propiedades, de las cuales yo compré unas trescientas, aprovechándome, lo reconozco con cierta vergüenza, de la labor de esas cuadrillas de bandidos.

-¿Y el resto hasta las setecientas? -preguntó César.

-Irah Bolders adquirió unas doscientas, y el resto fue comprado por Peter Blythe, Daniel Baker, Manoel Beach y Tobías Banning, o sea por el grupo principal de los norteamericanos que nos hemos dedicado a cultivar tierras y criar ganado. Los restantes norteamericanos han preferido dedicar sus actividades al comercio, aunque algunos tienen pequeños ranchos donde crían ganado menor. Hubo tres compatriotas nuestros, Holt, Redland y Searles que también quisieron probar fortuna con el ganado; pero comenzaron demasiado tarde y tras algunos fracasos tuvieron que vender sus tierras a Peter Blythe.

-¿Cuál fue el otro medio empleado para despojar a los antiguos propietarios?

-El asesinato. Quedaban aún en poder de los californianos, o sea el elemento indígena, unas mil propiedades repartidas entre unos seiscientos campesinos. En un año esos seiscientos hombres han muerto asesinados, después de haber desatendido las advertencias que recibieron de esos misteriosos bandidos. Sus familias, demasiado asustadas, no intentaron resistir y cedieron las tierras por el precio que se les quiso ofrecer.

-¿Y fue Bolders quien las compró?

-¿Por qué pregunta eso, don César?

-Porque me ha parecido que usted sospecha de que Bolders es el poder oculto que mueve esas manos asesinas. ¿No es cierto?

-Irah Bolders es un hombre poderoso, a quien respalda una gran fortuna -replicó Bauer, acariciándose el bigote con las yemas de los dedos-. No quiero lanzar ninguna acusación directa contra él, porque además de ser muy poderoso es listo o astuto. La realidad es que él compró una parte sustancial de dichas propiedades; pero también los demás rancheros compramos muchas de aquellas tierras. El propio Bolders nos reunió y dijo que seríamos unos tontos si no aprovechábamos la oportunidad. Él se quedó con una tercera parte y el resto lo compramos Blythe, Baker, Banning, Beach y yo.

-O sea que entre los seis acaparan ahora lo mejor del Valle de la Grana.

-Eso es.

-¿Y teme que dentro de poco ese número se vaya reduciendo? -preguntó César.

-En realidad se ha reducido ya. Peter Blythe y Manoel Beach no tenían familia conocida aparte de sus esposas, ya muertas, y un hijo cada uno. Esos hijos debían ser los herederos absolutos de sus fincas; pero un día se pelearon en una de las tabernas de Grana y de no intervenir los que se hallaban presentes se hubieran matado allí mismo. Al día siguiente el hijo de Peter Blythe fue hallado muerto de un balazo en la espalda. Su cadáver se halló en el camino que conduce al Valle de la Muerte. Unas horas antes de abandonar el rancho recibió una carta en la cual se le citaba allí para ofrecerle pruebas de la identidad del hombre que maneja a los asesinos de este valle. El muchacho fue allí y su padre, al enterarse del lugar a donde había ido, le siguió con un grupo armado. Desde un altozano vieron un cuerpo tendido en el suelo y a un hombre inclinado sobre él. Galoparon hacia allí y el otro hombre escapó a todo correr. No pudo ser alcanzado; pero Peter Blythe creyó reconocer el caballo y solicitó del *sheriff* que se investigara en

el rancho de Manoel Beach. Se llegó allí y encontróse el caballo del hijo de Manoel con evidentes muestras de haber corrido mucho. Escondida entre la alfalfa de la cuadra halló una escopeta recién disparada. Acosado a preguntas y abrumado a pruebas, Charles Beach confesó haber estado junto al cadáver del hijo de Blythe, explicando que también a él se le había citado allí; pero que al llegar se encontró con el cadáver de Lionel Blythe. Creyendo que estaba sólo herido, trató de hacer algo por él. Al comprobar que estaba muerto y ver que un grupo de jinetes iba hacia él, temió que se tratase de los asesinos y huyó.

-Una excusa muy pobre -murmuró el californiano.

-En efecto. Había tal cúmulo de pruebas que se le reconoció culpable del asesinato y se le ahorcó tras un breve proceso. Este suceso convirtió en enemigos a los dos padres, y ambos juraron matarse. Por dos veces Peter Blythe ha sido atacado por un tirador oculto, y las dos veces se ha salvado de milagro. Manoel Beach también ha sufrido un ataque, de resultas del cual lleva casi un mes en la cama, y jura que en cuanto recobre las fuerzas que le quitó la herida irá a matar a Blythe.

-¿Qué opina usted de esas agresiones?

-Creo que todo obedece a un maquiavélico plan destinado a eliminar a ambos rancheros a fin de que sus tierras, que no pueden ser heredadas por nadie, queden libres y puedan ser adquiridas por cualquiera de nosotros.

-¿Por usted también?

-También. Quizá usted me juzgue mal por ello; pero si se trata de una lucha a muerte, la ganará el que sea más poderoso, y yo no quiero ser el menos fuerte.

-Mi cuñado me habló de que usted había hecho su fortuna en los campos auríferos de California.

-Sí. Trabajando sin descanso logré reunir bastante oro y, sobre todo, supe conservarlo; luego, en el cincuenta y uno, me instalé aquí y quise construir una hacienda que fuera más sólida que el oro. En uno de mis viajes a Washington conocí al señor Greene y le expuse la situación del Valle de la Grana, pidiéndole que enviara a alguien para investigar lo que aquí sucede. Él, después de estudiar el asunto, me dijo que enviaría a su cuñado para que le informase de lo que sucede, prometiendo que si el informe que usted le daba era claro, haría enviar fuerzas del Ejército.

-Pero al verme usted se ha sentido defraudado, pues esperaba a un hombre más fuerte, más sagaz y más activo, ¿no?

-No he dicho eso, señor Echagüe.

-No digo que lo haya dicho, sino que lo ha pensado. En realidad yo no he venido a intervenir en esa lucha. Quiero comprar algunas tierras y visitar el Valle de la Muerte. De paso veré lo que ocurre en este lugar y lo comunicaré a mi cuñado.

El veloz batir de unos cascos de caballo, interrumpió a César. Casi antes de que Bauer y él pudieran moverse vieron aparecer frente a la casa un grupo formado por unos seis jinetes, la mayoría de ellos mejicanos, a cuya cabeza iba un norteamericano.

-¿Qué le ocurre, Banning? -preguntó Bauer dirigiéndose al que parecía el jefe de los recién llegados-. ¿Va a algún sitio?

-¡Sí! -contestó, violentamente, Banning-. Voy a muchos sitios. ¡Quietos los dos si no quieren tener un disgusto!

Estas palabras las pronunció Banning empuñando su revólver y cubriendo con él a Bauer y a Echagüe.

-¿Qué significa esto? -preguntó el dueño de la casa, que parecía muy turbado.

-Significa que si no me han engañado encontraré aquí algo que es mío y que ha desaparecido de mi casa. Y si lo encuentro, señor Bauer, prepárase para danzar al extremo de una cuerda.

-Oiga Banning, está cometiendo un atropello y podría costarle muy caro pero que muy caro.

-¿De veras? -replicó, despectivo, Banning-. ¿Quién me hará pagar caro mi atrevimiento? ¿Usted? ¿O ese mejicano que le acompaña?

-Le aseguro, señor, que yo no tengo que ver con todo esto -declaró Echagüe, sonriendo humildemente-. Si estoy aquí es sólo como visita.

-Ya lo sé -replicó Banning-. Le vi llegar con su mujer, y sé que no ha ayudado a Bauer; pero no puedo dejarle marchar en tanto no haya averiguado la verdad. Usted servirá de testigo.

-¿Testigo de qué? -preguntó el californiano.

-De que hemos encontrado en este rancho ganado perteneciente al mío.

-¿Me acusas de cuatrero, Banning? -preguntó, furiosamente, Bauer.

-Creo que sí. He recibido un aviso y creo que no ha sido un aviso falso. Llevo perdido mucho ganado y alguien debe de haberlo encontrado.

-¿Y crees que he sido yo quien lo ha encontrado?

-No creo nada; pero en cambio, sé que tú has vendido mucho ganado y, a pesar de ello, te queda suficiente para ser uno de los ganaderos más importantes del Valle de la Grana.

Mientras hablaban, varios de los hombres que habían acompañado a Banning empezaron a registrar los corrales y, de pronto, uno de ellos gritó:

-¡Ya lo tenernos, patrón!

Banning vaciló un momento, luego, encargando a dos de sus hombres que vigilaran bien a Bauer, se hizo acompañar por Echagüe hasta el corral donde había tenido lugar el hallazgo.

-Vea, patrón -dijo el mejicano que había descubierto la prueba que buscaban.

Al decir esto señalaba un magnífico buey en uno de cuyos costados se veía esta marca:



-Vea, señor -señaló Banning.

-¿Qué he de ver? -preguntó Echagüe.

-Esa marca. Es la de mi ganado. La Dos Barras T.B.

-Eso no quiere decir que el señor Bauer le haya robado el animal. Quizá llegó aquí perdido.

-Hemos encontrado otro -anunció el vaquero que estaba más cerca del grupo formado por Banning, Echagüe y el peón, a la vez que señalaba otra res en la cual se veía la marca de Banning.

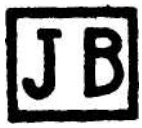
-¡Y las que habrán sido ya reformadas! -exclamó Banning.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Echagüe.

-Que si hay algo fácil en el mundo es convertir la marca Dos Barras T.B. en el Cuadrado J.B. de Jacob Bauer. Fíjese.

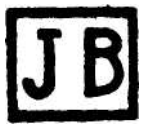
En primer lugar Tobías Banning marcó en el polvo su propia marca y, al lado, trazó la de Jacob Bauer.





-Nada más fácil que agregar dos rayas verticales a las paralelas de mi marca y convertirlas así en un cuadrado, y, agregando un gancho al final de la T, se tiene una Jota perfecta. Vea.





Echagüe reconoció que, en efecto, la cosa parecía muy sencilla.

-Lo es -replicó Banning-. Y por serlo se me ha estado haciendo víctima de una serie de robos que me han dejado casi en la miseria. Tengo tierras, agua, pastos, corrales y huertos; pero no tengo ganado porque ese canalla de Bauer me lo roba descaradamente.

-¿Cuántos animales suyos ha encontrado aquí? -preguntó, indiferente, Echagüe.

-Por ahora, dos, pero hallaremos más. Mis hombres los están buscando.

-Bien, pues mientras ellos buscan nosotros podemos hablar. He escuchado con mucho interés sus palabras relativas a las marcas del ganado. Por lo visto los ganaderos tienen afición a marcar sus re-ses con las iniciales de sus nombres, ¿no?

-Suele hacerse.

-Creo que en este valle existen seis ganaderos importantes. ¿No es cierto?

-Sí. ¿Qué quiere decir con ello?

-De momento nada; pero me gustaría que usted dibujara las marcas de sus compañeros.

-¿Para qué?

-Para ver si se aclaran ciertas sospechas mías. Empecemos por Irah Bolders. ¿Cómo es su marca?

-Es la Óvalo LB. -contestó Banning.

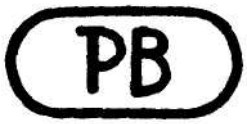
Dibújela.

Banning trazó en el pplvo esta marca:



-¿Puede dibujar ahora la de Peter Blythe?

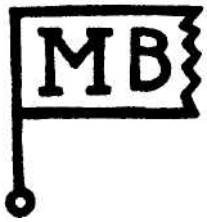
-Sí, es la Óvalo P.B. -respondió Banning, trazando la marca.



-Ahora dibuje la de Daniel Baker. -Es la D.B. Cruzada en Cuatro Paralelas. Es una marca muy difícil.



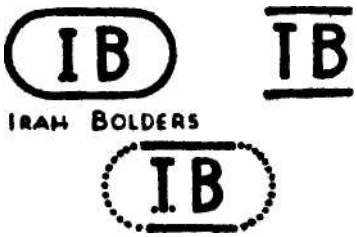
-Ahora sólo nos queda la marca de Manoel Beach. Dibújela. -Es la Bandera M.B.

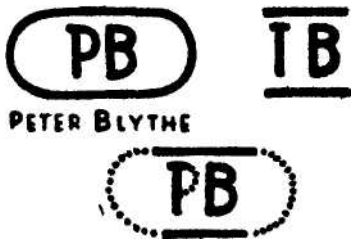


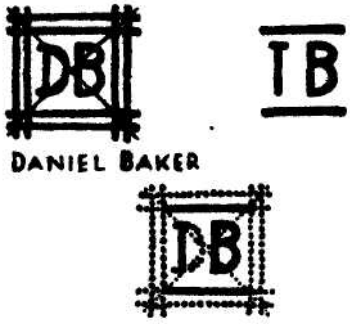
Echagüe examinó las seis marcas y al cabo de un momento declaró:

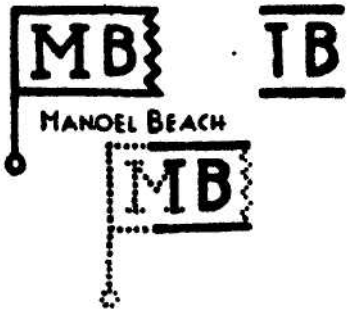
-Veo que todos ellos eligieron marcas que podían alterar la de usted. Me extraña, por lo tanto, que sospeche sólo del señor Bauer. O estoy en un error muy grande o creo poder convertir su marca en cualquier de estas cuatro. Vamos a ver.

Rápidamente dibujó una debajo de otra las cuatro marcas de Bolders, Bly-the, Baker y Beach, y al lado de cada una de ellas trazó la de Banning, haciendo al fin la tercera transformación:









-Veo que es usted un perito en marcas -declaró, suspicazmente, Tobías Banning.

-Nada de eso, señor -replicó Echagüe-. No sé más de lo que usted me ha enseñado al demostrarme cómo era posible transformar su marca en la de Jacob Bauer. Lo que he querido ha sido demostrarle que se precipita al sospechar del señor Bauer.

-Yo no me precipito. He encontrado aquí varias reses mías, y si bien es cierto que puedo sospechar de todos los demás, más cierto es que tengo pruebas firmísimas de que Bauer me ha robado; por lo tanto, señor...

-Echagüe -dijo César.

-Por lo tanto, señor Echagüe, usted prestará declaración, si es preciso, para demostrar ante todos que he obrado con justicia, al ahorcar a Bauer.

-¿Piensa usted hacer eso? -preguntó, horrorizado, Echagüe.

-Es la ley de la cuerda, o la ley de Lynch, si lo prefiere.

-Yo no prefiero ni una ni otra y creo...

-Me tiene sin cuidado lo que usted crea, señor Echagüe. Limítese a ver y luego a repetir lo que ha visto. Vámonos, muchachos -siguió Tobías Banning, volviéndose hacia sus hombres-. Terminemos con ese canalla.

Los compañeros de Banning dirigiéronse de nuevo hacia la casa, frente a cuya puerta estaba Bauer con las manos en alto y Banning dijo:

-Ha llegado tu momento, Jacob... Vas a danzar al extremo de una buena cuerda.

-Escucha, Banning... -empezó el estanciero.

-No quiero escuchar más que tus oraciones, y si no quieres rezarlas morirás sin ellas.

Uno de los mejicanos que acompañaban a Banning había desenrollado su lazo e hizo pasar la cuerda por una sólida rama del gran álamo que crecía en el patio del rancho. Otro de los hombres de Banning empezó a hacer el lazo que debía ahogar en la garganta de Bauer su vida, y otro, bajando violentamente las manos del hacendado, se las ató a la espalda.

César de Echagüe lamentó no haber traído ningún arma para oponerse, con algo más que la palabra, al crimen que se iba a cometer.

-Esto es una iniquidad, señor Banning -declaró-. Si ese hombre es culpable, la Ley es quien debe decidir su suerte.

-En estos momentos, señor Echagüe, yo soy la ley en este valle -repitió Banning-. He reconocido culpable a ese hombre y dicto sentencia de muerte.

-No se exponga a correr mi suerte, Echagüe -replicó Bauer, levantando orgullosamente la cabeza-. Los de mi raza también sabemos morir cuando no nos queda otro remedio. Si esos canallas, esperan verme palidecer se quedarán con las ganas. Señor Echagüe, dígale a mi hijo que he muerto como un valiente y que no trate de vengarme.

Después de decir esto, Bauer marchó hacia debajo del árbol del que pendía la cuerda destinada a ahorcarle. Uno de los mejicanos se disponía a anudarle el lazo al cuello, cuando una voz ordenó:

-¡Quietos todos! ¡El primero que se mueva recibirá un tiro en la cabeza!

Volvióse Banning con centelleante rapidez y como aún empuñaba su revólver disparó contra el que dio la orden.

Era éste un hombre de estatura mediana, recio, vestido a la moda mejicana, que se cubría la cabeza con un sombrero de picuda copa. Empuñaba un fusil de corto cañón y montaba un nervioso caballo. Sobre el pecho lucía la estrella de *sheriff.*

Fue sin duda el caballo el que le salvó la vida, pues como si adivinara el peligro que corría su amo, el animal saltó a un lado, desviándose de la trayectoria del proyectil.

Pero éste no se perdió, y fue a hundirse en el corazón de uno de los quince hombres que acompañaban al *sheriff* y que, lanzando un grito de agonía desplomóse de su caballo.

En el mismo instante, y con asombrosa velocidad, el *sheriff* levantó el fusil e hizo un disparo cuya bala fue a hundirse en el brazo derecho de Banning, que, soltando el revólver, se llevó la mano izquierda a la herida.

-Veo que tienes muy malas intenciones, Banning -rió cruelmente el *sheriff,* mientras sus hombres encañonaban a los peones de Banning, todos los cuales levantaron sus brazos al cielo y quedaron temblando como esperando ser inmolados allí mismo.

El *sheriff* no dio orden alguna de disparar, limitándose a preguntar:

-¿Ha muerto?

Se refería a aquel de sus hombres que recibió la bala destinada a su jefe. Uno de los jinetes desmontó y, arrodillándose junto al caído, anunció, un momento después:

-Sí, jefe. Lo atravesó limpiamente.

-Bien, bien, señor Banning. Supongo que ya se dará cuenta de lo que acaba de hacer. Ha matado a uno de mis comisarios, sin que haya habido provocación alguna. Y, lo que es peor, pensaba matarme a mí.

-He obrado en defensa propia -replicó, orgullosamente, Banning.

-¿En defensa propia? -preguntó el *sheriff-.* ¿Estamos acaso invadiendo sus tierras, señor Banning? ¿Hemos intentado robarle algo? Sin embargo, yo juraría que está usted en las tierras del señor Bauer. Y por lo que veo, pensaba usted colgar al bueno del señor Bauer de una incómoda percha.

-El señor Bauer, como usted le llama, es un miserable cuatrero -declaró Banning.

-¡Ah! ¡Caramba, caramba! -rió el *sheriff-.* El señor Bauer es un terrible, quiero decir, un miserable cuatrero, ¿no? A lo mejor el señor Bauer ha robado tres cabezas de ganado al honrado señor Banning, ¿no?

-He encontrado dos.

-¿Ha encontrado dos nada más?

El *sheriff* hablaba con estremecedora ironía. Parecía un enorme gato divirtiéndose con un apurado ratón.

-¿Y cómo no ha encontrado la tercera res? ¿Es que tenía prisa en terminar y no ha buscado bien? Sin embargo, usted debiera conocer perfectamente su ganado. ¿Cómo no si a todos los ha criado usted? Es curioso que yo, el *sheriff* Esley Carr, que nada sabe

del ganado de don Tobías Banning y mucho menos del de don Jacob Bauer, sepa que las tres cabezas de ganado que el señor Banning ha perdido son una vaca blanca y negra, con un cuerno astillado, y dos bueyes rojos con los cuernos despuntados. ¿No era eso lo que usted buscaba, don Tobías?

-No le entiendo -gruñó Banning, haciendo una mueca de dolor a la vez que se apretaba más el brazo herido.

-¿No me entiende? Bien. Veo que le acompañan cinco de sus hombres, y entre ellos veo a Mick Strauss. Da un paso adelante, Mick, pues quiero hablarte.

El llamado Mick Strauss era un hombre corpulento, vestido como los norteamericanos y armado con dos revólveres y un largo cuchillo. En aquellos momentos procuraba alegar las manos todo lo posible de las culatas de sus revólveres.

-¿Qué quiere, Esley? -gruñó.

-¿Me conoces? -preguntó el *sheriff.*

-Sí, señor.

-Si me conoces debes saber que mi palabra vale tanto como la de un emperador o quizá más, ¿no es cierto?

-Eso he oído decir.

-¿Sabes si tengo buena puntería?

-Dicen que sí.

-Y lo acabo de demostrar, ¿no?

-Bueno, *sheriff,* desembuche de una vez y deje de darse bombos.

-Dame uno de tus revólveres.

Strauss desenfundó el revólver que pendía sobre su cadera izquierda y lo entregó al *sheriff.* Éste descargó tres de los compartimentos del cilindro y luego, haciendo girar el arma en torno del dedo índice, agregó:

-Estas armas suelen ser eficaces, como máximo, a cincuenta metros. Aun a esa distancia, sólo un tirador muy bueno y muy práctico en el uso del arma que se emplee, puede dar en el blanco. Más allá resultan ya inofensivas. ¿No es cierto?

-No soy perito en armas, *sheriff.*

-Ya lo sé. Pero quiero que te enteres bien de las posibilidades de salvación que hay para ti. Si tú echaras a correr ahora y yo disparase contra ti, la bala no saldría porque el percusor caería sobre un depósito vacío. El segundo tiro fallaría por las mismas causas. El tercero tampoco saldría, y sólo el cuarto disparo iría acompañado de una detonación, de un fogonazo y de una bala de plomo dirigida a tu espalda. Si por entonces estabas ya fuera de mi alcance, estarías vivo. Si te hubieras retrasado recogiendo alguna flor, caerías muerto o herido.

-Pero yo no pienso huir -sonrió Strauss.

-¿No? Pues entonces tendrías que comparecer ante un tribunal que te acusaría de haber robado tres cabezas de ganado a tu amo en beneficio de don Jacobo Bauer.

-¡Yo no he...! -empezó Strauss.

-Calma, calma -advirtió Esley Carr-. No te precipites demasiado. El principal testigo de cargo contra ti sería el propio *sheriff,* que esta mañana te vio sacar las tres reses y conducirlas, cuando aún era casi de noche, al corral del señor Bauer, donde las dejaste entre las demás, volviendo luego al rancho para informar al señor Banning de que el trabajo ya estaba hecho.

-¿Qué quiere decir con esa calumnia? —rugió Banning.

-Yo no quiero decir nada. Su hombre es quien hablará. Tú tienes la palabra, Mick. Dinos la verdad y te concederé la oportunidad de escapar con vida, a pesar de que mereces la horca.

-¿De veras es usted hombre de palabra, *sheriff?*-preguntó Mick Strauss.

-Te prometo que dispararé tres tiros en blanco contra ti, y otros tres legítimos. Si cuando llegue ese momento tú has podido colocarte fuera de mi alcance, podrás vivir en paz, pues la sentencia se habrá ejecutado y no será culpa tuya el que sigas en vida. Además, en este caso, tú no eres más que un asalariado y las culpas deben recaer sobre el principal culpable.

Strauss se acarició las ásperas mejillas y, por fin, declaró:

-Está bien, *sheriff,* diré la verdad. Todo fue planeado por el señor Banning. Quería deshacerse del señor Bauer y me ordenó que le tendiera una trampa.

Capítulo II

La justicia en el Valle de la Grana

-Me alegro de que hables -sonrió Carr-. Así todo será más sencillo. Empieza.

-*Sheriff,* este hombre está diciendo una mentira -dijo Tobías Banning.

-Aún no ha dicho nada, señor Banning -advirtió el *sheriff-.* Por lo tanto se precipita usted al hablar. Di lo que has de decir, Strauss. Y vosotros, empezad a soltar las armas, pues no me gusta que mis prisioneros conserven los dientes y las garras demasiado agudas.

Los hombres de Banning soltaron las armas que aún llevaban encima y luego, amenazados por los fusiles de los compañeros del *sheriff* volvieron a levantar las manos.

-Explícate, -ordenó Carr.

Mick Strauss inclinó la cabeza, y Echagüe le observó con profunda atención, tomando nota mental de todos sus gestos y expresiones.

-El señor Banning me dijo que teníamos que comprometer al señor Jacob Bauer -declaró-. Me dijo que era necesario tener una prueba contra él y que lo mejor era meter en sus corrales tres de nuestras reses con nuestra marca. Así podríamos demostrar que era un cuatrero y nadie encontraría extraño que lo ahorcásemos.

-¡Canalla! -rugió Banning, queriendo precipitarse sobre Strauss y siendo contenido por dos de los hombres del *sheriff.*

-No interrumpa, señor Banning -advirtió Esley Carr-. No me gusta que en mis juicios se cometan irregularidades. Sigue, Mick.

-Escogimos tres animales fáciles de reconocer -siguió Strauss-. El señor Banning quería que fueran así para no tener que perder tanto tiempo buscándolos entre las reses de Bauer y los peones habían marchado a los pastos altos. Metí los tres bichos en el corral y sin que me vieran volví a dar al señor Banning la noticia.

-Te equivocas, Mick -sonrió el *sheriff-.* Yo te vi. Mi deber es vigilar para que no sigan ocurriendo las cosas que pasan aquí y por ello pude verte; me extrañó que llevaras de paseo a tres animales como aquellos, tomé buena nota de su aspecto y de todo cuanto hacías; vi cómo regresabas al rancho de Banning y cómo poco después, salíais en grupo,

armados como para una expedición contra los pieles rojas. Reuní un buen grupo de comisarios y agentes y os seguí. Vi que con las pruebas que vosotros mismos le habíais echado encima os disponíais a ahorcar a Bauer. ¿Cuánto te dio Banning por hacer ese trabajo tan asqueroso?

-Quinientos dólares -tartamudeó Strauss.

-Enséñamelos.

Strauss hundió la mano derecha en el bolsillo y sacó un cartucho de monedas de oro.

-¿Es posible que seas tan canalla? -preguntó Banning, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

-Patrón, se trata de mi vida -murmuró Strauss, sin hacer ninguna intención de levantar la cabeza-. Yo ya dije que era muy expuesto lo que íbamos a hacer y si no me hubiese ofrecido tanto dinero nunca hubiera hecho...

-¡Calla, traidor! Merecerías...

-Cálmese y no malgaste el aliento, Banning -advirtió el *sheriff-.* Le puede hacer falta. Creo que todo está bien claro. Usted hizo traer aquí tres animales suyos para tenerlos como prueba contra Bauer, luego se presentó, hizo el justiciero, buscó las pruebas y en seguida, sin molestarse en más, iba a ahorcar a un inocente.

-Yo creí que era culpable.

-¿Usted creyó que era culpable? ¿Por qué? ¿Porque encontró dos bueyes suyos? Señor Banning, en el Valle de la Grana han estado ocurriendo muchas cosas que no son fáciles de explicar; pero que ahora, al fin, empiezan a tener justificación. Le aseguro que le creía un hombre honrado.

Volviéndose hacia Mick Strauss, el *sheriff* siguió:

-Has prestado ya tu declaración. Yo la he oído y te declaro culpable de un grave delito que sólo tiene una pena: la muerte. Te condeno a morir de tres disparos de revólver. Como especifican bien las leyes penales, si los disparos no te alcanzan no se podrán hacer más disparos y se te considerará muerto. Puedes empezar a correr, pues voy a disparar.

Al decir esto Esley Carr levantó el revólver de Strauss y apuntando cuidadosamente disparó.

Sólo se escuchó el choque del percusor contra la cámara vacía. Antes de que el *sheriff* apretara el gatillo, Strauss había echado ya a correr y dirigíase, recto, hacia el muro de adobes que separaba el patio del rancho de los corrales. En el, momento en que lo alcanzaba, el percutor del revólver caía sobre la segunda cámara varía. Y en el mismo instante en que Strauss pasaba las piernas por encima del muro, Carr hizo el tercer disparo en blanco. En el instante en que Strauss llegaba al otro lado, el *sheriff hizo* el cuarto disparo, y esta vez sonó una detonación. La bala dirigida contra el fugitivo arrancó a éste el sombrero, lo único que asomaba por encima de la valla.

Strauss debió de tenderse en el suelo y escapar a gatas, pues cuando reapareció estaba, al menos, a sesenta metros de Esley Carr. No obstante, la bala disparada por el *sheriff* levantó una nube de polvo a menos de metro y medio del fugitivo. Éste zambullóse debajo de unos bueyes próximos a él, y lo hizo muy a tiempo, pues en el mismo instante, la tercera bala se hundió en el sitio ocupado por él una fracción de segundo antes.

-¡Tenía la esperanza de darle! -suspiró Esley Carr, guardándose en su faja el revólver disparado. Luego agregó-: Por lo que a Mick Strauss se refiere, hemos terminado. Los demás me acompañarán ante el juez Lewis Freeman.

-Oiga, *sheriff* -intervino Bauer, que aún seguía con las manos atadas a la espalda-. No quisiera que se extralimitara usted. Al fin y al cabo Strauss puede haber

mentido.

-No creo que haya mentido, y no soy hombre que se extralimite, señor Bauer. Quédese en su rancho y no haga tonterías. Ese mejicano que estaba con usted nos acompañará para prestar declaración. Creo que se llama Echagüe, ¿no?

-Si, señor *sheriff* -replicó el californiano.

-Leí su nombre en el registro del hotel. Conviene saber quiénes son los que llegan a Grana. Vamos. Prevengo a todos los detenidos que si intentan huir dispararemos sobre ellos, y no con revólver, sino con fusil.

Al decir esto, Esley Carr golpeó significativamente la culata de su fusil, que acababa de recargar.

A César de Echagüe le fue ofrecido el caballo de Strauss, mientras sobre otro era atado el cadáver del agente del *sheriff* que resultó muerto a consecuencia del disparo de Banning. Luego se obligó a montar a Banning y a sus cuatro hombres, colocándolos en el centro del grupo, y la comitiva emprendió el camino de Grana. Jacob Bauer había quedado a la puerta de su casa y al cabo de un momento entró en ella, recogió su viejo revólver, se aseguró de que estaba cargado y montando en uno de sus caballos partió al galope en la misma dirección que el *sheriff,* pero utilizando un camino distinto.

César de Echagüe se dio cuenta de esto; pero ninguno de los que iban con él pareció notarlo.

El numeroso grupo galopó a través de las verdes tierras, en dirección a una carretera que iba desde Grana hacia el Este, en dirección al desierto al final del cual se encontraba el Valle de la Muerte.

Al remontar una colina, Esley Carr adelantóse y desde la cumbre se le vio agitar los brazos, como si hiciera señas a alguien; luego, volviéndose hacia sus hombres, les indicó con un ademán que avivaran el paso.

Cuando todos llegaron a la cumbre de la colina pudieron ver abajo, en la carretera, detenido junto a unos álamos, un ligero carricoche de muelles, tirado por dos caballos blancos.

-Ahí está el juez Freeman -anunció el *sheriff.*

Partió al galope, delante de sus compañeros, y todo el grupo le siguió en medio de una nube de polvo y entre el rodar de los guijarros y piedras desprendidas de la ladera por los cascos de los caballos.

Echagüe preguntábase a qué obedecería todo aquello. Había ido a aquel valle por petición de su cuñado, a fin de que investigara ciertas cosas que estaban sucediendo en el Valle de la Grana y que parecían relacionadas con otras que ocurrían en el temido Valle de la Muerte. Edmonds Greene le aconsejó que se pusiera en contacto con Jacob Bauer, y lo había hecho aquella mañana, apenas llegó al valle. Desde entonces los acontecimientos se habían sucedido con verdadera rapidez y estremecedor dramatismo.

El grupo de jinetes había llegado ya donde estaba el juez Freeman, y formaban un semicírculo ante el carricoche. Echagüe observó atentamente al juez. Era un hombrecillo menudo, delgado, vestido de negro, pero con evidente descuido. Su negra levita estaba llena de manchas y su chalina aparecía casi rígida por la mugre. Un sombrero muy sudado le cubría la cabeza, dejando asomar por detrás una rala cabellera gris llena de grasa. Al quitarse un momento el sombrero para secarse el sudor, el juez Freeman dejó al descubierto una cabeza casi enteramente calva.

-¿Qué sucede, *sheriff*! -preguntó con aguardentosa voz.

Echagüe descubrió en uno de los bolsillos de la levita el cuello de la botella que tenía la culpa de aquella voz y del intenso olor a alcohol que emanaba el juez.

-Hemos detenido a Tobías Banning cuando, ayudado por sus hombres, se disponía a asesinar a Jacob Bauer -declaró Esley Carr, explicando luego brevemente lo

ocurrido.

-¿Hay testigos? -preguntó Freeman.

-Mis hombres y ese mejicano -y señaló a Echagüe.

Éste, sonriendo levemente, rectificó:

-Californiano, señor *sheriff,* y, por lo tanto, súbdito de la Unión.

-Está bien -gruñó Freeman-. Cuente lo que vio.

-Yo estaba en compañía del señor Bauer, hablando de ciertos asuntos... -

-¿Qué asuntos? -preguntó Freeman.

-No tienen nada que ver con el caso, señor juez -replicó Echagüe-. Por lo tanto, no es necesario que los mencione. Creo que es uno de los derechos que me concede el Código Penal.

-Está bien, no es necesario que los mencione. Continúe.

-Estábamos hablando cuando, de pronto, llegó el señor Banning, o sea ese caballero que está herido, quien, acompañado por cinco de sus hombres nos amenazó con sus armas y nos detuvo, acusando al señor Bauer de cuatrero. Luego requirió mi presencia como testigo para que le acompañara en el registro a que iba a someter los corrales. En ellos encontró dos bueyes con las marcas suyas y dijo que con tales pruebas tenía derecho a ahorcar al señor Bauer como cuatrero. Quise disuadirle, pero no pude, y cuando ya se disponía a ahorcar al señor Bauer llegó el *sheriff y* le dio el alto. El señor Banning volvióse y disparó con tan mala fortuna que su bate mató a uno de los agentes del *sheriff.* Este también disparó, hiriendo en el brazo al señor Banning y desarmándole. Entonces tomó declaración a uno de los hombres de Banning y parece que sacó en claro que el señor Banning había querido...

-Eso lo ha de decir el *sheriff* -interrumpió Freeman-. Hable usted, Carr.

El *sheriff* explicó la declaración de Mick Strauss, y Freeman, con evidente mal humor, refunfuño:

-¡Culpable como un maldito!

La expresión extrañó un poco a Echagüe, pero aún le extrañó mas lo que siguió luego, pues el juez agregó:

-Se lo entrego a usted, Carr, para que haga con él lo que debe hacerse. Más tarde firmaré la sentencia y todos los demás documentos. Adiós.

El juez Freeman hizo restallar el látigo encima de las cabezas de sus caballos y el carricoche partió velozmente, precipitándose sobre los jinetes que estaban ante él, que tuvieron que apartarse rápidamente para cederle el paso.

Cuando el juez Freeman se hubo alejado, Esley Carr volvióse hacia Banning y pregunto:

-Bien, Tobías, ¿tienes algo que decir antes de que te colguemos?

La áspera pregunta proclamaba lo inevitable de la suerte de Banning, y el autor de ella la consideraba, sin duda, un mero formulismo. Había desmontado y estaba frente a Banning con los pulgares pasados por el cinturón, del que pendían sus armas. A Echagüe le hizo el efecto de un buitre esperando el último estertor de la víctima elegida.

Banning replicó con cansado acento:

-Todo esto es demasiado confuso para mí, Carr. Me acusáis de un delito que no he cometido. Yo no hice llevar mis reses a casa de Bauer. Fue Strauss quien me dijo que habían desaparecido varios animales nuestros y que había seguido sus huellas hasta el rancho de Bauer. Me han despojado de muchas reses y quise escarmentar a los ladrones.

-Ya has oído mi declaración, Tobías -replicó Carr-. Yo vi lo que vi, y no creo que Strauss trabajase en beneficio de otro. Te era demasiado adicto. Buscaste una coartada para que no se te pudiera acusar de asesinato, y así luego podrías decir que obraste en justicia. El juez Freeman entiende mucho de esas cosas y ha visto la verdad.

Ha dictado sentencia.

-Pero esa sentencia no es válida -protestó Banning.

-¿Porqué?

-No se dictó legalmente. No había jurado.

-Te equivocas, Tobías. Todos nosotros actuamos de jurado, y todos te reconocimos culpable. ¿No es cierto, muchachos?

Los hombres del *sheriff* asintieron con la cabeza. Sólo permanecieron inmóviles los cuatro peones de Banning y César de Echagüe.

-Además -siguió Carr-, está el asesinato de Kirkland. Eso no puedes negarlo. Le mataste con tu revólver.

-Pero en nuestra nación existen leyes y derechos que no se han tenido en cuenta. Exijo que me juzgue un tribunal competente...

-Tobías, no puedes pedir lo que no estabas dispuesto a conceder. También Jacob Bauer tenía derecho a un tribunal y a unas leyes. Sin embargo, tú ibas a horcarle sin ninguna formalidad. Es ya demasiado tarde para pedir justicia. La justicia va a actuar en ti. Los de tu clase son como los indios, los mejores son los que están muertos. Puedes rezar, creo que es lo único que concedías a Bauer. No se te negará a ti. Y vosotros, también podéis rezar, pues colgaréis con él -agregó Carr, dirigiéndose a los cuatro peones mejicanos de Banning.

Un coro de lacrimosas protestas se elevó de los cuatro cautivos.

-Señor Carr, creo que se extralimita usted -advirtió César.

El *sheriff* volvióse hacia el californiano.

-Señor Echagüe -dijo-. Usted viene de un lugar que, comparado con éste, se halla en plena civilización. Tenemos que ser implacables, y si fuésemos de otra manera nos arrollarían. Ninguno de esos peones merece vivir. Son gente de mala raza...

-Son de mi raza, señor *sheriff* -advirtió Echagüe.

-No. Usted es californiano, o sea, súbdito de la Unión. Esos otros son canalla mejicana, venida a robar y a asesinar. Cuanto más matemos, mejor para nosotros... y para ustedes.

-Pero el juez sólo ha dictado una sentencia.

-Para esos otros no hace falta sentencia. Los norteamericanos tenemos derecho a matar mejicanos, de la misma forma que tenemos derecho a matar coyotes.

-Pero hay un coyote al que todavía no han podido matar -dijo César.

-¿Qué quiere decir? ¿Se refiere a ese fantástico *Coyote* que ha estado metiendo miedo a los niños de las orillas del Pacífico?

-Sí. Yo, en su lugar, señor *sheriff,* no asesinaría a esos cuatro mejicanos. Podría echar sobre usted la venganza del *Coyote.*

-¿Es usted admirador de ese bandido?

-No tengo por qué admirarle, ni temerle, ni odiarle; pero sé que existe y que se dedica a vengar a sus compatriotas.

-Pues aguardaré su venganza –rió Carr-. Dicen que tira muy bien; pero no creo que me supere. Vea. -Con rápido movimiento, Esley Carr desenfundó uno de sus revólveres y lo disparó al aire. Una golondrina, o, mejor dicho, sus restos, cayeron a los pies de Echagüe.

-No está mal -sonrió el joven-. Tira usted bien; pero las referencias que tengo del *Coyote* son mejores. No busque su venganza. Deje en libertad a esos hombres y...

-Y deje también en libertad a mi padre -ordenó en aquel instante una voz femenina.-

Todos se volvieron hacia el lugar de donde había llegado la voz y, detrás de uno de los álamos, vieron a una muchacha de unos veinte años, que apuntaba a Carr con un

pesado fusil de corto cañón y gran calibre.

Echagüe la contempló lleno de admiración. La joven estaba muy pálida y sus labios temblaban convulsivamente; pero sus manos sostenían con firmeza el arma, que apuntaba directamente al pecho del *sheriff.*

-Si no sueltan en seguida a papá dispararé sobre usted, señor Carr.

El amenazado echóse a reír.

-Señorita Banning, déjese de juegos, y no se entrometa en este asunto.

Mientras decía esto dirigió una mirada a uno de sus hombres, que tenía en las manos una larga cuerda trenzada. Lucy Banning, con la mirada fija en el *sheriff,* no pudo ver el movimiento del hombre y la primera noción que tuvo de él fue al caer sobre sus hombros un lazo que tiró violentamente de ella haciendo que el fusil se disparase al aire. Luego la joven cayó hacia atrás y su cabeza chocó contra el tronco del árbol junto al cual estaba. El golpe resonó violentamente y la muchacha se desplomó sin sentido.

-¡Quieto, Banning! -ordenó Carr, impidiendo que el condenado acudiera en socorro de su hija-. Hemos perdido ya demasiado tiempo. Usted, señor Echagüe, puede marcharse, si no quiere ver cómo se ahorca a cinco canallas.

-Usted tiene la fuerza, *sheriff* -replicó-. No puedo hacer nada; pero insisto en afirmar que creo que se precipita usted demasiado.

-Yo no opino igual que usted y, como ha dicho muy bien, tengo la fuerza. ¿Se marcha?

-Me quedaré a auxiliar a la señorita. ¿Desea usted algo para su hija, señor Banning?

Éste tragó saliva y, haciendo un esfuerzo por serenar su voz, replicó:

-Dígale que merezco lo que me pasa, pues yo también quise utilizar la violencia contra un hombre que era inocente. Dígale que mi suerte no debe influir en sus decisiones respecto a Philip. Que todo siga como ella deseaba. Dígale, también, que muero pensando en ella.

César desmontó de su caballo y fue a arrodillarse junto a Lucy Banning. Lo hizo con una determinada intención, pero cuando su mano se cerró en torno de la culata del revólver que la joven llevaba en el bolsillo de su falda de ante, la mano de uno de los agentes de Carr se cerró sobre su muñeca, mientras una voz le decía, muy bajo:

-No sea loco. Le matarían antes de que pudiera disparar. Es lo que están esperando.

César soltó el arma y sacando un pañuelo dirigióse a un arroyuelo que brotaba de entre los árboles, humedeció la tela en el agua y volviendo junto a la joven, sin mirar al que le había advertido, refrescó las sienes de la hija de Banning.

Hasta sus oídos llegaban los lamentos de los cuatro mejicanos, que repetían sus protestas.

-¡Esto no es justo, señor! -decía uno-. A mi no me importa morir, pero que sea legalmente, y que se me permita confesarme...

Un estrangulado gemido interrumpió la protesta, y un momento después se oyeron otros tres. El sol, que marchaba hacia el ocaso, proyectó sobre la tierra cuatro trágicas sombras, a las que un momento después se unió la de Banning.

César apretó los dientes y cerró los puños.

-Parece que eso le afecta mucho, señor Echagüe -comentó, riendo, el *sheriff.*

César volvió hacia él su descompuesto semblante.

-Eso es un crimen, señor *sheriff.* Si así es la justicia que impera en el Valle de la Grana, no me extraña que ocurran las cosas que suceden.

-Si no fuésemos implacables con los culpables, nos veríamos destruidos, señor -contestó el *sheriff-.* Esto servirá de lección a todos.

Las cinco sombras oscilaban lentamente en el suelo. Una de ellas aún se estremecía; pero un minuto después, los cinco cuerpos sólo eran movidos por la suave brisa que iba muriendo con el día.

César dejó de atender a Lucy. Era preferible que no viera aquella muestra de la justicia del Oeste. Al cabo de cinco minutos, Carr anunció:

-Creo que ya deben de haber muerto todos. Luego enviaré al enterrador a que se haga cargo de esos cuatro. La señorita Banning puede llevarse el cuerpo de su padre. Vamos.

Todos partieron al galope, y César quedó solo, en compañía de la desmayada joven y de los cinco cuerpos que pendían del árbol.

Durante unos minutos César permaneció inmóvil, observando el débil respirar de Lucy Banning. Un violento galope le arrancó de su abstracción y, al levantar la cabeza, vio a un joven jinete que, saltando de su caballo, corría hacia él.

Se trataba de un hombre de unos veinticinco años, alto, rubio, de rostro honrado y atractivo.

-¿Qué le ha ocurrido? -preguntó, teniendo sólo ojos para Lucy-. ¿Está herida?

-Sólo desmayada. ¿Quién es usted?

-Soy Philip Bauer... y hasta esta mañana era el novio de Lucy. Ahora -digirió una mirada de horror al cuerpo de Tobías Banning-. Ahora ya no sé lo que soy.

César miró fijamente al joven y luego, con triste sonrisa, murmuró:

-Los dos son jóvenes y quizá algún día puedan olvidar esto. Ayúdeme a bajar el cuerpo de ese pobre hombre.

Cinco minutos después el cadáver de Tobías Banning estaba tendido en el suelo y cubierto por la manta que Philip Bauer había traído en su caballo.

Capítulo III

Tierra de violencia

-¿Hay cementerio en Grana? -preguntó César a Philip Bauer.

El joven movió negativamente la cabeza.

-No. Esto existe desde hace poco y hasta ahora cada uno había enterrado a sus muertos en sus propias tierras. Cada rancho tiene su cementerio.

-Entonces tendremos que llevar a este hombre a su rancho.

-Mejor será que decida Lucy -replicó Philip-. ¿Tardará mucho en volver en si?

-Por mucho que tarde siempre será demasiado pronto-replicó César-. Ojalá despertara dentro de un año o de dos. Cuando se encuentre con esto...

-¡Qué horror! -gimió Philip-. ¿Cuándo terminarán tantas violencias?

-Tal vez nunca o acaso dentro de muy poco. Esta es tierra violenta. Parece hecha para que los hombres se maten en ella. Ayúdeme a conducir a su novia hasta el riachuelo. Desde allí, al menos, no verá este desagradable espectáculo.

Y César indicó con un movimiento de cabeza los cuatro cuerpos que aún colgaban del árbol.

Ayudado por Philip Bauer, César condujo a la desmayada Lucy hasta la orilla del arroyo, colocándola detrás de unos árboles que la protegerían de la horrible visión de la justicia de los hombres. Luego, también con ayuda de Philip, llevó el cadáver de Tobías Banning hasta el pie de un árbol, situado igualmente en un lugar donde no se podían ver los tétricos frutos que pendían del álamo.

-Quédese usted junto a ella y, mientras tanto, yo descolgaré a esos infelices.

César corrió al álamo y, encaramándose a su tronco, cortó con una navaja las cuatro cuerdas, dejando caer los cuatro cuerpos al suelo, luego los alineó debajo del árbol y cerró las heladas pupilas que miraban sin ver el cielo teñido con los rubores del ocaso, o tal vez, enrojecido por el horror que acababa de presenciar.

Apenas acababa de regresar junto a la joven advirtió en ella evidentes señales de que iba a recobrar el conocimiento. Un débil gemido se escapó de los labios de Lucy y, un momento después, entreabrió los ojos. Hubo un instante en que la mirada vagó, imprecisa, como sin comprender lo que estaba viendo.

-¿Qué ha sucedido?... -murmuró, tratando de incorporarse y lanzando un gemido de dolor al mover la cabeza.

-Cálmese, señorita, no...

Era César quien había hablado, y al reconocerle, la joven lanzó un grito de espanto y se sentó, con veloz movimiento.

-¿Usted? -gritó-. ¡Usted estaba con ellos! ¿Dónde está mi padre?

En aquel momento vio a Philip, y en sus ojos y en los de César leyó la respuesta a su pregunta.

-¡Muerto!... ¡Le han asesinado!... ¿Cómo?... ¿Dónde está?

Las miradas de los dos hombres fueron hacia et cuerpo cubierto por la manta.

-¡Dios mío! -sollozó Lucy, sin atreverse a comprobar la verdad de sus terribles temores-. ¿Es él?-tartamudeó.

-Sí, señorita Banning -respondió César-. Sus últimas palabras fueron para usted. Me dijo...

-¡Cállese! -chilló Lucy- ¡Usted también le asesinó! Estaba entre ellos...

-No, señorita. Me obligaron a acompañarles; pero yo no tengo nada que ver con este suceso. Hice lo que pude por salvar a su padre.

-No debió hacerlo desde el momento en que está vivo... ¡Oh! ¿Pero de qué sirve hablar, ni decir, ni llorar, si ya no puede hacerse nada por él?

Casi de rodillas fue hasta donde yacía el cuerpo de Banning y suavemente lo descubrió. César esperaba verla desmayarse; pero había en Lucy Banning mucha más firmeza y energía de la que podía suponerse viendo su frágil aspecto. Con manos suaves, como si acariciase a un niño dormido, fue tocando la frente, los ojos, las mejillas, los labios y el cuello de su padre, mientras murmuraba:

-¡Pobre papá! Eras bueno, odiabas la violencia y ella te ha matado.

Volvióse de pronto hacia César y Philip y dijo con voz tensa:

-Quizá les parezca ridículo que hable así; pero no lo es. Él era el hombre más bueno del mundo *y* yo le vengaré. No me queda a nadie en el mundo; pero me bastan mis fuerzas.

-Sus fuerzas son muy pocas, señorita -dijo César-. Debe confiar en otro para que la ayude a vengarse.

-¿En quién?

-En mí, Lucy -dijo Philip.

La joven le miró con extraña seriedad.

-No -replicó al fin-. Tú, no. ¿Quién, eres tú para hacerte cargo de mi venganza?

-Yo soy tu...

-No. Eras. Ya no eres ni puedes volver a ser. Lo que hubo entre nosotros ha quedado roto hoy.

-¡Lucy! -protestó Philip.

-Es inútil. Quizá tu propio padre se interpondría entre nosotros. Él me avisó que tratara de salvar a papá, pues iban a hacer algo malo con él. ¿Crees que querría permitir que su hijo se casara con la hija de un hombre ahorcado?

-Mi padre tendrá que permitir nuestra unión.

-No.

-Señorita, su padre, antes de morir, me dijo que no variara sus decisiones respecto a Philip; supongo que se referiría a este joven. También dijo que todo debía ocurrir como usted había deseado.

-No. Lo de hoy ha cambiado mi vida por completo.

Lucy pareció olvidarse de los dos hombres y se abismó en la contemplación de las inmóviles facciones de su padre. La noche iba llegando poco a poco por Oriente. Parecía como si Lucy Banning quisiera grabar para siempre en su recuerdo aquel rostro que estaba acostumbrada a ver desde su infancia.

En voz baja, para no turbar la abstracción de la muchacha, Philip explicó a César:

-Mi padre me dijo lo que iba a ocurrir y lo que había ocurrido. No comprendo cómo Banning pudo hacer lo que hizo. Y más sabiendo que Carr es implacable.

-¿Cree usted que Tobías Banning era culpable?

Philip miró, extrañado, a César.

-¿Usted lo cree?

-Yo no.

-Entonces, ¿por qué no trató de impedir que le ahorcasen?

-Lo intenté por todos los medios; pero en realidad sólo hubiera conseguido agregar mi muerte a la de otros cinco o seis.

Escuchóse en aquel momento el chirriar de los cubos de unas ruedas y por el camino se vio avanzar una carreta de cuatro ruedas en la que iban dos hombres.

-Es el enterrador -explicó Philip.

César se puso en pie y fue al encuentro de los recién llegados, que estaban ya junto al árbol al pie del cual yacían los cuatro cadáveres.

-¿Ha sido usted quien nos ha ahorrado esa parte del trabajo? -preguntó el más viejo de los dos.

-Sí -contestó César-. ¿Dónde los enterrarán?

-En este mismo sitio -replicó el hombre-. Cualquier lugar es bueno para enterrar a cuatro mejicanos... Bueno, perdone, no he querido ofenderle. Quiero decir que como no tienen familia, nadie insistirá en que se les entierre en un sitio mejor.

-Está bien. Dense prisa. Quisiera que luego condujeran el cuerpo de Banning a su rancho para enterrarlo allí.

-¿A qué rancho? -preguntó el enterrador, mientras su ayudante, sacando uno de los picos que llevaban en la carreta empezaba a cavar la sepultura-. Si se refiere al rancho T.B. debo anunciarle que el *sheriff* ha marchado hacia allí para incautarse de él. Creo que lo embargan para pagar la indemnización a la familia de Kirkland.

-¡Oh!

César quedó pensativo. Al fin, volviéndose, se dirigió de nuevo junto a Lucy, que seguía arrodillada junto a su padre.

-Señorita -dijo-. ¿Puede atenderme un momento?

-¿Qué? -preguntó Lucy, como si estuviera muy lejos de allí.

-¿Qué quiere usted que se haga con el cuerpo de su padre? Habría que enterrarlo,

y si me permite aconsejarla, le diré que ningún sitio mejor que éste. Aquí murió y aquí podrá descansar en paz.

Había un extraño imperio en la voz del californiano. Más que preguntar parecía exigir u ordenar.

-Como quiera -murmuró la joven-. Ahora ya tanto da.

Con un ademán, César indicó a Philip que le siguiera, y los dos fueron a reunirse con el enterrador, a quien pidieron unas herramientas para cavar una fosa.

-Ése es trabajo mío -protestó el hombre.

Philip sacó una moneda de veinte dólares y se la entregó, diciendo:

-Ya está pagado; pero es mejor que lo hagamos nosotros.

Durante una hora, César y Philip se turnaron en la tarea de ahondar la sepultura. Lucy parecía no darse cuenta de nada. Cuando al fin, ya casi de noche, los dos hombres se acercaron a ella, los miró sobresaltada.

-¿Ya?-preguntó.

César asintió con la cabeza.

-Sí, señorita. Es mejor que lo hagamos en seguida.

Lucy fue a levantarse, pero de pronto, cayendo de nuevo de rodillas junto a su padre, abrazó el cuerpo, ya frío, como si quisiera defenderlo contra todo nuevo ultraje; después, lentamente, se puso en pie y volvióse de espaldas. Sólo cuando el cadáver estuvo dentro de la sepultura acudió a ella y con un fino pañuelo cubrió el rostro, después arrancó ramas verdes y las interpuso entre el cuerpo y la tierra.

Una rama seca y resinosa sirvió para alumbrar el final de la fúnebre ceremonia. Philip había hecho una cruz con dos rectas ramas y en una de ellas escribió César:

LO MATÓ LA VIOLENCIA

Cuando todo hubo terminado, César propuso:

-Señorita Lucy, ¿quiere acompañarme al pueblo? Mi esposa la atenderá. Mañana podrá decidir lo que usted quiera.

En aquellos momentos la muchacha encontró un gran alivio en que otros se cuidaran de decidir por ella. Sin despedirse de Philip, acompañó a César y montó en el caballo de éste.

* * *

Grana era un pueblo nuevo, situado al este del lago Owen, en las últimas tierras feraces antes de llegar al desierto en el que se encontraba el Valle de la Muerte. En realidad estaba formado por dos hileras paralelas de casas que formaban una sola calle en la cual se centralizaba todo el comercio, viviendas y lugares de diversión del pueblo.

A las nueve de la noche, hora en que César y Lucy llegaron allí, el lugar palpitaba de vida. Cuando César y Leonor llegaron allí, aquella mañana, el pueblo les pareció un enorme felino durmiendo plácidamente al sol. Muchas cabezas se volvieron para contemplar a la joven y a su acompañante, y aunque no los oyó, César adivinó los cuchicheos que se cruzaron entre los hombres y las mujeres que llenaban la calle.

Del interior de las tabernas y salas de baile llegaban ecos de música, de canciones alegres, de indiferencia ante el dolor. Con gran alivio llegaron al fin al hotel donde esperaba Leonor.

La joven, inquieta por la tardanza de su marido, permanecía a la puerta del hotel y, al ver a su esposo, corrió ansiosa hacia él, preguntando, con una mirada, quién era aquella mujer que le acompañaba.

-Han matado a su padre -explicó en voz baja César-. Luego te daré más detalles.

Se buena con ella.

Leonor comprendió en seguida, y acercándose a Lucy la ayudó a desmontar, haciéndola entrar en el hotel y llevándola a su habitación. César dejó el caballo en manos de uno de los mozos del hotel, que era el que se lo había alquilado y luego, entrando en el establecimiento, pidió al dueño:

-Quiero un cuarto contiguo al que ocupo ahora.

Había dificultades, pues los dos cuartos inmediatos estaban ocupados ya; pero un par de monedas de oro allanaron los obstáculos, y, una hora después, César podía instalarse en la habitación deseada.

Antes había ido a visitar al médico de Grana, un viejo con aspecto de todo menos de médico, que tras mucho buscar en un armario donde guardaba una colección de polvorientos frascos de productos farmacéuticos, pudo dar al californiano unos polvos que, a menos que él se equivocara mucho, harían, dormir veinticuatro horas seguidas a la persona que los tomara.

-Sólo los he usado una vez; pero dieron buen resultado -afirmó.

Cuando César entró en el cuarto destinado a su mujer y a él, encontró a Lucy Banning tendida en un viejo sillón de crin. Tenia la mirada perdida en los trágicos recuerdos de unas horas antes y apenas se dio cuenta de que había entrado César. Sin embargo, cuando el joven le ofreció un vaso lleno de té frío, no demostró extrañeza y bebió maquinalmente, sin darse tampoco cuenta de lo que tomaba.

-¿Quiere acostarse? -propuso Leonor.

Fue necesario repetir la pregunta y, al fin, Lucy asintió con la cabeza.

César salió, y poco después, Leonor reunióse con él, en el otro cuarto.

-Ya duerme -dijo-, ¡Pobre chiquilla! ¿Qué ha ocurrido?

César le explicó detalladamente lo sucedido.

-¡Qué horror! -exclamó Leonor cuando su marido hubo terminado.

En aquel momento sonaron unos disparos en la calle y, al asomarse a la ventana, vieron en medio del arroyo un hombre caído de bruces mientras otro, que todavía empuñaba un revólver, se convencía, a puntapiés, de que su bala había sido certera; luego se guardó el arma y volvió a entrar en la taberna de donde había salido. El cadáver quedó tendido en el polvo, sin que nadie pareciera sentir demasiado interés por él.

-¡Y ellos creen que están civilizando esta tierra! -exclamó Leonor.

-Es inevitable -replicó César-. Toda creación ha de ser violenta para provocar una reacción igualmente violenta que termine con la violencia. Es la eterna ley.

-Dirás que no es ley.

-Ahora no; pero luego vendrá. Acuéstate, cuida de esa pobre muchacha mientras yo voy a hablar con alguien.

César abrió una maleta de tela de alfombra y de un falso fondo extrajo un traje de tela muy fina. Se lo puso. Era negro. De uno de sus bolsillos sacó un antifaz negro también y se lo colocó de forma que fuera imposible perderlo; después se ciñó dos revólveres y un cuchillo de afilada hoja. Por ultimo se cubrió la cabeza con un sombrero mejicano, distinto del que había usado aquella tarde, y completó su atavío con un sarape a modo de capa.

-Por Dios, ten mucho cuidado -suplicó Leonor.

César le acarició las mejillas, replicando:

-Ya es hora de que *El Coyote* intervenga en Grana. Adiós.

Salió al pasillo, después de asegurarse de que estaba desierto, y, deslizándose hasta una ventana que daba a la parte posterior de la casa, salió por ella; gateando por un tejadillo saltó al fin al suelo y se perdió entre los árboles.

Caminó un buen rato protegido por la vegetación y, por fin, llegó junto a un

viejo roble. Una vez allí lanzó un prolongado aullido de coyote. Al cabo de un minuto lo repitió y casi al momento una sombra surgió de entre la maleza. Era un hombre que avanzó con paso firme hasta el árbol. Era el mismo que había impedido a César de Echagüe empuñar el revólver de Lucy Banning.

-Buenas noches -saludó *El Coyote.*

-Buenas noches, jefe -replicó el hombre.

-¿Tienes noticias?

-Sí. Se han incautado de las tierras de Banning para pagar la indemnización a Kirkland. Han inventado una falsa familia que a su vez venderá las tierras a quien dé más por ellas.

-¿Qué mas?

El hombre bajó la voz y habló rápidamente al oído de su jefe. Formaba parte de la agrupación de servidores y agentes que *El Coyote* iba reuniendo para su justiciera misión. Cuando terminó de hablar, *El Coyote* dijo:

-Muy bien, Ripley. Siga vigilando. Si ocurriese algo avíseme. Pero evite descubrir su juego como ha hecho esta tarde con Echagüe. No debió prevenirle.

El otro miró, sobresaltado, a su jefe.

-¿Cómo ha sabido...?-tartamudeó.

-No se preocupe. *El Coyote* lo sabe todo.

-Es que quieren deshacerse de él.

-Ya lo sé. Le defenderemos. ¿Qué han planeado contra él?

-Mañana le provocarán. Saben que ha venido comisionado por el señor Greene.

-¿Quién lo ha descubierto?

-No sé; pero su plan era obligarle a que saliera en defensa de Banning. Le salvó el no llevar armas.

-Bien. Si ocurriese algo deje una nota en este árbol y luego dispare tres tiros contra cualquier cosa.

-Ya recuerdo las instrucciones que me dio.

-¿Qué es lo que sabemos de la ciudad de Ryan?

-Se está levantando en pleno Valle de la Muerte. Pero si siguen muriendo sus dueños, pronto no será de nadie.

-Es verdad. En el Valle de la Grana ocurren cosas que no se comprenden como no sea mirando hacia el Valle de la Muerte. Adiós, Ripley. Guárdese.

-Adiós, jefe -replicó el hombre, desapareciendo en la oscuridad. Un momento después, *El Coyote* montaba en un caballo que encontró atado a una pequeña encina y, picando espuelas, alejóse en dirección a las tierras de pastos.

Por un momento pensó en Calex Ripley, el hombre a quien había salvado la vida unos meses antes y que estaba dispuesto a servirle hasta la muerte, a pesar de ignorar por completo su verdadera identidad.

-Yo ya no puedo trabajar solo -murmuró, mientras se alejaba de Grana-. Para mi nueva lucha necesito soldados abnegados y heroicos.

A poca distancia aulló un coyote; pero éste era legítimo, y sus ojos brillaron, fosforescentes, en las tinieblas de la pradera.

Capítulo IV

Soy El Coyote

El jinete acercóse al rancho, manteniéndose de cara al viento. Quería evitar que los perros que suelen guardar los ranchos, donde la carne es abundante y sobra siempre comida para ellos, le descubrieran y diesen la voz de alarma.

Podía haberse ahorrado la precaución, pues, al desmontar bajo un frondoso sauce cuyas ramas besaban la tierra ofreciendo excelente protección para el hombre o caballo que se quisiera ocultar entre ellas, vio, tendidos en el suelo, dos grandes perros lobos. Lo hinchado de sus vientres y la espuma que había brotado de sus bocas indicaba con toda claridad cuál había sido la causa de su muerte.

-Veneno -murmuró el desconocido.

Y como todos los hombres habituados a vivir solos los momentos de peligro, agregó en voz baja:

-¿Habré llegado demasiado tarde?

Dejó el caballo atado a una de las ramas del viejo sauce y saltando la cerca deslizóse hacia el rancho cuyos blancos muros se divisaban a unos cien metros. Caminaba con grandes precauciones, como si avanzase por terreno sembrado de botellas y temiera derribar una de ellas. Al llegar a la puerta escuchó atentamente. Dentro de la casa no se oía ningún ruido y de no haber sabido lo contrario el nocturno visitante hubiera supuesto que la casa se hallaba vacía. Tiró suavemente de la puerta, que era de tela metálica, y estaba destinada a impedir la entrada a las numerosas moscas que durante el día zumbaban en torno del rancho, atraídas por el ganado; luego empujó la otra puerta y notó al otro lado una ligera resistencia. Pasó una mano por la rendija y halló el respaldo de una silla. La apartó lentamente y al fin pudo entrar. A tientas encontró la cerradura y la llave puesta en ella. Era indudable que la persona que cerró la puerta de aquella forma lo hizo para que alguien pudiese entrar sin necesidad de llamar. El misterioso visitante cerró con llave y luego avanzó guiado por el débil resplandor que entraba por las ventanas.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Iba deteniéndose junto a cada una de las puertas ante las cuales pasaba y, por fin, al otro lado de la puerta oyó una tranquila respiración. Alguien dormía apaciblemente dentro de aquel cuarto.

Siempre pisando con las mayores precauciones, el hombre retrocedió por el pasillo que había seguido y penetró en otra estancia. El olor a manteca y a comida frita y guisada le indicó que estaba en la cocina. Un rectángulo de luz le permitió localizar la única ventana. A tientas encontró la cortina y la corrió, después cerró contra ella el batiente interior de la ventana y, una vez asegurado de que ninguna luz podía brotar hasta el exterior, el visitante sacó de un bolsillo dos objetos. Uno de ellos tintineó metálicamente cuando lo dejó sobre una mesa junto al otro.

Durante unos segundos, el hombre maniobró en la oscuridad, luego se oyó un chasquido y un haz de chispas brotó de las tinieblas, permitiendo, por un breve instante, ver todo cuanto había en la cocina. Al segundo golpe prendió una llamita en el puñado de yesca disuelto, y con él fue encendida la cerilla que el desconocido había colocado en la mesa. La luz permitió ver al que había encendido. Vestía a la mejicana y se cubría el rostro con un negro antifaz. Guardando la yesca, el eslabón y el pedernal dentro de la bolsa de cuero de donde los había sacado, el enmascarado buscó en el armario de la cocina hasta dar con lo que necesitaba. Era una linterna de las llamadas sordas. El

nocturno merodeador la abrió, comprobó que tenía buena provisión de aceite y prendió la mecha, probó luego si funcionaba el mecanismo y cerró la linterna, quedando la cocina sumida en tinieblas, sin que ni un minúsculo rayo de luz descubriera la presencia de la linterna. Luego la volvió a abrir, descubriendo el reflector, y la potente luz llenó la cocina. El hombre volvió a cerrar la linterna y lanzó una suave carcajada.

De nuevo volvió al pasillo, en dirección a la puerta tras la cual había escuchado la respiración del durmiente y, después de asegurarse de que todo seguía igual que antes, comenzó a empujar la puerta. Ésta tenía los goznes bien engrasados y se abrió sin el menor ruido. El hombre entró en la habitación y cerró tras él, quedando pegado a la pared, hasta que sus ojos se habituaron poco a poco a las tinieblas.

Distintas partes de la habitación comenzaron a ofrecerse claramente a su mirada. En un lado brillaba tenuemente la luna de un gran armario. Junto a éste se veía una palangana y un jarro de porcelana blanca. De una de las paredes colgaban prendas de ropa blanca. La cama también se veía con bastante claridad, y una sombra oscura en su centro indicaba la posición de un cuerpo humano del que partía la rítmica respiración. A unos dos metros de la cama estaba la ventana.

El desconocido llevó la mano derecha a la culata de uno de sus revólveres y lo desenfundó con gran cuidado.

Allí comenzó una interminable espera. El hombre que esperaba junto al lecho se entretenía calculando el tiempo con ayuda de los latidos de sus sienes.

-Una hora -susurró cuando hubo calculado que habían transcurrido los tres mil seiscientos segundos.

Todo continuaba igual que antes. El durmiente seguía reposando como si estuviera solo, y el hombre que estaba junto a él se esforzaba por pensar en cosas ajenas a aquel otro hombre, por temor a que sus propios pensamientos, centralizándose en él, le despertaran.

De pronto, el casi invisible guardián dejó de contar y clavó la mirada en la ventana. Una oscura silueta acababa de recortarse contra ella. El hombre levantó el revólver. Un solo movimiento con el dedo pulgar bastaría para montar el percutor y disparar luego el arma.

El que estaba al otro lado de la ventana comenzó a forzarla. Oyóse un ligerísimo chasquido, que hablaba mucho en favor de la maestría del merodeador, y la ventana, de las llamadas de guillotina, empezó a levantarse.

El pulgar del centinela curvóse sobre el percutor. En cuanto el otro penetrara en la habitación le daría el alto.

Pero el desconocido que rondaba el rancho no tenia intención de entrar, pues dejó de seguir levantando la ventana y por el espacio que ya quedaba libre introdujo una mano y tiró algo sobre la cama. En seguida desapareció y se oyeron sus pasos alejándose de la casa.

Antes de que el enmascarado tuviera tiempo de salir en persecución del fugitivo, si es que era ésta su intención, oyóse un agudo siseo acompañado de un ruido semejante al arrugar de un viejo pergamino muy seco.

El hombre comprendió que dentro del cuarto había una serpiente de cascabel.

El hallarse encerrado en la misma habitación con una serpiente de cascabel figura entre las aventuras más desagradables que puede correr un hombre. La serpiente de cascabel es cobarde y sólo ataca cuando se ve obligada a defenderse; pero aquélla, recién puesta en libertad después de un prolongado cautiverio, debía de estar loca de furia y dispuesta a atacar sin necesidad de que se la provocase más.

No se podía perder ni un segundo. Con el pulgar de la mano izquierda el enmascarado abrió la linterna sorda y, al mismo tiempo, con el pulgar de la mano derecha

levantó el percutor de su revólver. El movimiento fue repetido dos veces con fulminante sucesión y el reptil, que se erguía ya sobre el centro de su cuerpo, dispuesto a herir, fue alcanzado por las dos balas y cayó destrozado sobre la cama, iluminado por el haz de luz de la linterna.

Al mismo tiempo, el durmiente, que debía de tener un sueño muy fuerte, aunque no a prueba de disparos, se sentó en la cama, con los ojos desorbitados por el espanto. Su mano derecha quiso buscar, bajo la almohada, su revólver, pero le contuvo la voz del hombre que le estaba enfocando con la linterna.

-No se moleste, Manoel Beach, no he venido a matarle, sino a salvarle. Vea el regalo que acaban de traerle.

-¿Eh? ¡Ooohhh!

La exclamación que lanzó Beach al ver la serpiente de cascabel terminó en un largo y estrangulado gruñido, al final del cual el hombre pudo decir:

-¡Qué horror!

-Se lo tiraron por la ventana -siguió el otro-. No esperaba que hicieran eso y por poco me cogen desprevenido. Disparé casi sin apuntar.

-Si falla los tiros..., no lo cuento.

-Creo que, en efecto, lo hubiera pasado usted muy mal -rió el desconocido.

-¿Y quién es usted? -preguntó Manoel Beach.

-No me conoce. Soy *El Coyote.*

-¿Usted es... *El Coyote*? -tartamudeó Beach.

Por toda respuesta *El Coyote* proyectó hacia su rostro la luz de la linterna, luego la dejó sobre la mesita de noche y, dirigiéndose a la ventana, corrió la cortina.

-Tiene usted demasiados enemigos para dormir tan confiadamente, señor Beach -reprendió *El Coyote-.* Cualquier serpiente podría haber llegado antes hasta aquí...

-¡Imposible! -exclamó Beach.

Era un hombre de unos sesenta años, de grisáceo bigote, cabello entrecano y facciones muy curtidas por el sol. Usaba camisón de dormir, muy abierto por el pecho, que aparecía sumamente blanco, en contraste con la parte que debía dejar al descubierto la camisa, o sea una porción triangular tan bronceada como la cara.

-Pues ésta llegó -dijo *El Coyote* leyantando con el cañón de su revólver el reptil y tirándolo a la chimenea.

-Pero debió de traerla Blythe o alguno de sus secuaces, pues tengo alrededor de la casa una faja de medio metro de anchura llena de pedruscos de cantos agudos. A las serpientes no les gusta pasar sobre ellos, pues se estropean la barriga.

-Sí, esa visitante fue traída a mano; pero no la envió Blythe.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó, desafiador, el viejo.

-¿Por qué no me pregunta cómo supe que corría usted peligro y vine a salvarle?

-Es verdad. ¿Cómo lo supo?

-De la misma forma que supe que no era Peter Blythe quien deseaba asesinarle. Los dos han estado haciendo el tonto y, lo que es mucho peor, haciéndole el juego a alguien que se ha debido de estar riendo de ustedes.

-Oiga, señor *Coyote,* habla usted de una manera muy extraña. ¿Desde cuándo está en Grana?

-Para usted desde ese momento, y dé gracias a Dios de que no haya llegado más tarde.

-Ya las doy; pero me gustaría...

-No espere que me quite la careta y le diga quién soy -rió *El Coyote-.* Sería tonto por mi parte el confiar en un hombre tan descuidado como usted. ¿Puede decirme qué opina de lo que está ocurriendo en este Valle?

-No sé. Me han dicho que el *sheriff* ahorcó a Banning. ¿Es verdad?

-Lo es. Ya no son más que cinco los propietarios de Ryan.

-¡Eh! ¿Por qué dice eso?

-He querido decir que ya sólo quedan cinco propietarios importantes en el Valle de la Grana.

-¡Ah! Lo de Ryan es una tontería que nos está costando mucho dinero. Lo emprendimos por consejo de Irah Bolders y por él continuamos en el asunto.

-¿Es mal negocio?

-No es negocio ni bueno ni malo. Es negocio desastroso.

-En cambio, las tierras del Valle de Grana valen tanto como si estuviesen llenas de oro, ¿no?

-Eso sí que es negocio. ¿Qué será de las de Banning? ¿Se las queda su hija?

-Creo que las han otorgado a la familia de un agente del *sheriff que* resultó muerto.

-Ya. Si la herida me permitiese levantarme iría a pujar por ellas, pues supongo que la familia las venderá.

-Tal vez. Y por poco también se hubieran subastado sus tierras, señor Beach, pues si la serpiente llega a morderle...

-¿Eh? ¿Cree usted que todo es una trampa para deshacerse de nosotros?

-No, creo que la serpiente cayó del techo, y que a sus hijos los mataron sin ningún motivo, y que a Tobías Banning le asesinaron en un afán de imponer una ley que prácticamente no existe, ya que la justicia no se molesta en detener ni interrogar al hombre que por una discusión de juego mata a un compañero y deja su cuerpo en medio de la calle, mientras él vuelve a reanudar la partida.

-Esley Carr siempre me ha parecido un canalla. Lo que hizo con mi pobre Charles...

-¿Quién cree usted que puede apoyar a Carr?

-No sé... Él está en muy buenas relaciones con Irah Bolders. Casi son carne y uña.

-Irah Bolders es el propietario más importante del Valle de Grana, ¿no es cierto?

-Sí; ha acaparado la mayor parte de las tierras.

-Bien. -*El Coyote* pareció quedar pensativo unos instantes, luego murmuró—: ¡Qué desarmado estaba usted! ¡Sólo un revólver!

-No -replicó Beach-, tenía dos. Fíjese.

Mostró al *Coyote* las dos armas, y el enmascarado las cogió como si quisiera examinarlas.

-Buenos revólveres -comentó tras un breve examen.

Luego, sin soltarlos, dirigióse al hogar y dejando las armas de Beach sobre la repisa de la chimenea inclinóse y de entre la ceniza recogió el cadáver de la serpiente. A la luz de la linterna examinó los colmillos del reptil y, al fin, sonrió, satisfecho. Volvió a tirar el cuerpo del crótalo a la chimenea y recogiendo los revólveres de Manoel Beach los tiró sobre la cama.

-¿A qué viene eso? -preguntó el hombre.

-Por un momento he pensado que tal vez todo había sido una broma. La mordedura de una serpiente no es peligrosa si antes se ha extraído el veneno.

-No entiendo.

-Es muy sencillo. De los seis principales propietarios del Valle sólo podía confiar absolutamente en dos. Uno de ellos, por estar muerto. El otro, por ciertas causas. Ahora también confío en usted. Le mataron a un hijo y le han enviado una serpiente venenosa.

-No entiendo. ¿Por qué se llevó los revólveres?

-Para quitarle, si no era usted honrado, la tentación de disparar sobre mí. Quizá algún día le necesite. Recuerde que le he salvado la vida.

-Ya lo creo que lo recordaré... ¿Qué quiere que haga?

-Explíqueme a qué obedece la fundación Ryan.

-Pues Irah Bolders nos dijo que podíamos adquirir sin dificultades las únicas tierras habitables en aquel endiablado valle, donde en verano no hay quien resista el calor. Dijo que el Valle era rico en minerales, que los dueños del agua seríamos, en realidad, los dueños de todo lo demás, pues si alguien encontraba oro, tendría que gastarlo comprándonos el agua. Como las tierras podían ser de quien las quisiera, adquirimos una porción considerable y Bolders propuso la fundación de una ciudad que, no sé por qué, se bautizó con el nombre de Ryan. Nos la repartimos amistosamente, en partes iguales, aunque ahora, al morir Banning, nuestra parte aumentará con la de él.

-¿Por qué?

-Porque se convino que, si alguno moría sin herederos varones que pudieran continuar su obra, su parte iría a manos de los demás socios.

-O sea que, si además de Banning hubieran muerto usted y Blythe, los demás se hubieran encontrado con sus partes duplicadas.

-Eso es. Pero, ¿a quién puede interesarle aquel infierno?

-No sé; pero sí puedo decirle una cosa: que hay en Grana un hombre a quien le interesa comprar tierras en el Valle de la Muerte. Se trata de un caballero californiano un poco ridículo que, si usted quiere, le comprará su parte o lo que quiera venderle.

-¿Quién es ese loco?

-Un tal Echagüe, que ha llegado hoy. Vaya a verle y véndale tierras del Valle de la Muerte. ¿Puede hacerlo?

-Nadie puede impedírmelo.

-Hágalo. Tengo interés en ver lo que sucede. Diga en publico que va a vender sus tierras a ese californiano.

-Lo haré; pero ¿debo vendérselas todas?

-No es necesario si no quiere. Basta con que él ingrese en la sociedad. Y ahora, señor Manoel Beach, busque una habitación más segura donde no lleguen ni las serpientes ni los puñales.

El Coyote soltó una burlona carcajada y, cerrando la linterna, salió del cuarto y dirigióse a la cocina. Entró en ella para dejar la linterna donde la había encontrado y se disponía a apagarla cuando una voz le ordenó:

-Quieto, don *Coyote.* Esta vez ha sido torpe como un niño. Nunca le hubiera creído tan inocente.

El Coyote volvióse lentamente hacia el sitio de donde partía la voz. Una figura entró dentro del haz de luz de la linterna y el californiano vio a un hombre vestido con una especie de dominó sin capucha El desconocido se cubría la cabeza con un sombrero de alas anchas y el rostro hasta los ojos, con un gran pañuelo anudado a la nuca.

Pero lo más importante de su persona era el negro revólver que empuñaba con mano firme. Porque aquel revólver estaba apuntando al corazón del *Coyote* quien tenia sus armas enfundadas y lo bastante lejos de sus manos para que antes de poderlas alcanzar le alcanzase a él el plomo del otro revólver.

-Creo que he perdido -sonrió *El Coyote.*

-Cree bien; por fin sabremos quién e el famoso enmascarado que ha estado asustando a los niños en California.

-A los niños y a los canallas como tú Mick Strauss -replicó *El Coyote.*

Capítulo V

La justicia del Coyote

-¿Me ha reconocido? -preguntó el otro, casi apretando el gatillo de su arma.

-La voz.

-¿Cuándo la oyó?

-Oigo las voces de todos los canallas. No podía dejar de oír la suya.

-Será la última que oirá.

-Hubiera preferido oír otra más agradable.

-Siento no poderle complacer. ¿No pregunta cómo he llegado hasta aquí?

-¿Para qué? Ya lo sé. Soltaste la serpiente y al oír los disparos volviste atrás, nos oíste hablar y esperaste en la cocina para que, al marcharme yo, pudieras asesinar tranquilamente a Beach. Cuando me viste entrar se te heló la sangre en las venas; pero reuniste el valor suficiente para avanzar hacia mí y darme el alto. Ahora estás tratando de reunir el valor que te hace falta para arrancarme la máscara. No sabes si matarme antes y verme después el rostro, o si arrancar primero el antifaz. Para esto hace falta más valor que para lo otro. Por lo tanto, me asesinarás y luego verás quién soy, y así no disfrutaré de tu asombro al reconocer a un viejo amigo.

-¿Me crees cobarde, *Coyote?*

-Sé que lo eres.

-Pues voy a arrancarte la máscara para ver lo amarillo que te pones antes de morir. Quizá seas tan valiente que mueras riendo.

Mick Strauss alargó la mano izquierda hacia el antifaz del *Coyote,* dispuesto a arrancarlo y descubrir la identidad del hombre que para tantos era un misterio.

La emoción de aquel momento e hizo olvidar que estaba frente a un hombre que había sabido librarse de infinitas situaciones tan peligrosas o más que aquélla. Por eso no vio que *El Coyote* bajaba lentamente los brazos. Fue sólo un movimiento de unos dos o tres centímetros; pero era cuanto necesitaba el enmascarado para el ataque que se disponía a lanzar. De pronto el brazo izquierdo del *Coyote* describió un velocísimo semicírculo y su mano pegó de lleno en el revólver, desviándolo y haciendo que el disparo se perdiese en el vacío.

Acompañando aquel golpe, un veloz puñetazo contra la barbilla de Strauss lanzó a éste hacia la pared del fondo.

Pero Mick era un hombre de gran fortaleza y, por ello, los dos golpes del *Coyote* sólo cumplieron parcialmente su cometido. El primero desvió el revólver; pero no logró arrancarlo de la mano que lo empuñaba, y el segundo, aunque tiró al suelo a Mick, no le quitó el sentido, y el canalla, apenas quedó sentado en el piso de la cocina, levantó la mano derecha y con el pulgar buscó el percutor.

El Coyote tuvo que reaccionar con mayor violencia de la que hubiese querido, y su mano derecha también buscó el revólver. El arma pareció saltar fuera de la bien engrasada funda y su voz resonó en la cocina una fracción de segundo antes de que disparara la de Strauss; pero cuando éste apretó el gatillo la muerte había entrado ya en

su corazón y la bala se perdió en el suelo.

-Esta vez nos hemos librado de milagro -murmuró *El Coyote.*

En aquel momento una voz le llamó desde el interior del rancho, preguntando qué ocurría. *El Coyote* dirigióse al cuarto de Beach, a quien informó de que el portador de la serpiente estaba tan muerto como el crótalo.

Luego, volviendo a la cocina, tomó un papel y en letras mayúsculas escribió:

HE LLEGADO A GRANA. SÓLO ME MARCHARÉ CUANDO HAYA TERMINADO.
DE LO QUE HE VENIDO A HACER, ESTO SÓLO ES EL PRINCIPIO.

Debajo firmó con un dibujo que no tardaría en ser temido por todos cuantos vivieran al margen de la Ley.



Era la estilizada o ingenua silueta de un coyote, tal como pudiera haberla dibujado un niño.

Hecho esto, guardó el papel en un bolsillo y cargando sobre su hombro el cadáver de Strauss salió del rancho, montó en su caballo y dirigióse hacia el punto donde aquella mañana habían sido ahorcados los cinco hombres. Dejó el cadáver apoyado contra el tronco del árbol que sirvió de patíbulo y clavó en él, con ayuda del cuchillo de Strauss, la nota escrita en casa de Beach. Luego, montando de nuevo a caballo, emprendió el regreso a Grana, deslizóse en el interior del hotel y, entrando en la habitación que debía ocupar, se despojó de su traje nocturno El ruido que hizo atrajo a Leonor, la cual le encontró recargando su revólver.

-¿Qué ha pasado? -preguntó anhelante.

-He matado a dos bichos -replicó si marido. El mejor de ellos era una serpiente de cascabel. El otro era un tal Strauss, que fue el principal culpable de asesinato de Banning. Hubiera preferido cogerlo vivo, pues necesitaba hacerle hablar; pero no tuve más remedio que matarlo.

Leonor escondió el rostro entre la¡ manos.

-¡Es horrible! -gimió-. Nunca podré acostumbrarme a esta vida. Siempre que partes a una de esas expediciones tengo la convicción de que no volveré a verte vivo.

-Sin embargo, hubo un tiempo en que lamentaste que *El Coyote* no volviera a actuar[1] -recordó César.

-Sí; pero entonces no esperaba... ¡oh no, no!

-¿Qué es lo que no quieres decir?

-No tiene importancia, César. Se trata de una tontería. Ya sabes que las mujeres siempre deseamos lo contrario de lo que tenemos. Pero te prometo que nunca seré un estorbo.

-Mañana te necesitaré, Leonor. Es necesario que demuestres ser la más fuerte Nadie se extrañará demasiado de que un hombre como yo se escude detrás de su mujer.

-¿Qué pretendes hacer?

-Muchas veces la mejor defensa es aparentar debilidad. Mañana yo seré débil; pero tú has de ser fuerte. Escucha...

[1] Véase el volumen anterior de esta colección.

Cuando César de Echagüe hubo terminado de hablar, su esposa le miró incrédulamente.

-Pero se van a reír de ti. Te pondrás en ridículo.

-¿Te importa?

-No... no... Pero...

-Es mejor así. Haz lo que te he dicha ¿Cómo está Lucy?

-Duerme profundamente. ¿No le habrás dado un soporífero demasiado fuerte?

-Creo que no; pero sospecho que el médico que me lo proporcionó no estaba muy seguro de si se trataba de unos polvos para dormir o para envenenar. Vuelve junto a ella. Mañana tenemos mucho trabajo, y sólo quedan unas pocas horas de oscuridad.

Leonor vaciló un momento, como si quisiese decir algo más; pero al fin, decidiéndose, salió del cuarto y regresó al suyo. César guardó los revólveres, cerró cuidadosamente la puerta y la ventana y se tendió en la cama, quedando casi instantáneamente dormido. Como todos aquellos que, por necesidad sólo pueden dormir breves horas, y en los momentos más desiguales, César de Echagüe sabía condensar en dos o tres horas todo el sueño que otros se repartían en siete u ocho.

Ni una sola vez se vio turbado su tranquilo reposar por el recuerdo de las siete muertes de que había sido testigo en aquel día, sin contar la del crótalo. Eran simples incidentes en la vida de aventuras a que se había entregado.

Quizá lo único que turbó un momento su sueño fue una vaga inquietud relacionada con ciertas más vagas palabras de Leonor. ¿Qué habría querido decir?...

A las diez de la mañana, César de Echagüe, vestido con más sencillez que nunca, avanzaba por la calle principal de Grana en dirección a la oficina del *sheriff.* Junto a él caminaba Leonor, vestida de mejicana. Nadie, al verlos, hubiera supuesto que fuesen los propietarios más ricos de Los Ángeles.

Cuando llegaron ante una de las tabernas más concurridas, un grupo de hombres, reunidos frente a la puerta, los acogió con una estrepitosa y general carcajada.

-¿Habéis visto bailar alguna vez a un mejicano? -preguntó uno de aquellos hombres.

-Yo no; pero tengo muchas ganas -replicó otro.

-¿Querría usted, Don, darnos una exhibición de los magníficos bailes mejicanos?

-Yo... pues... otro día quizá -replicó César, con fingida turbación.

-¿Otro día? ¿Por qué? ¿Es que el sitio no le parece al Don lo bastante bueno? ¿Acaso hay demasiado polvo?

-Entonces lo quitaremos para que el caballero pueda bailarnos un zapateado. ¡Va!

Al decir esto, el hombre desenfundó su revólver y empezó a disparar balas en torno a los pies de César, que inició un violento saltar de un lado a otro, perseguido por las balas que le disparaba el otro. En cuanto vació el cilindro del primer revólver, el hombre desenfundó otro, y luego los demás se unieron al juego, disparando por turno contra los pies de César, que en medio de la calle se entregaba a una frenética danza para evitar la lluvia de plomo que le lanzaban aquellos salvajes.

Cuando todos hubieron vaciado sus armas y se disponían a recargarlas, Leonor entró en acción. Yendo directamente al que había iniciado el juego, le descargó dos violentas bofetadas, mientras César, como si le persiguiese un diablo, salía disparado calle abajo, en dirección a la oficina del *sheriff.* Mientras tanto, Leonor apostrofaba a los autores de la broma:

-¡Salvajes! ¡Bárbaros! ¿Cómo os atrevéis a tratar así a gente de paz?

Los hombres retrocedían ante ella, desconcertados por una agresión a la que no podían replicar, so pena de convertirse ante todos en unos cobardes que atacaban a una

mujer.

No paró aquí la cosa, pues Leonor, arrancando de manos de uno de aquellos hombres el revólver que acababa de recargar, empezó a dispararlo hacia los pies de los otros, con tan mala puntería, que se hizo bien patente que le tenía sin cuidado agujerear cualquiera de aquellos pies. En menos de un minuto quedó dueña del campo y entonces, poniéndose en jarras y echando el busto hacia delante, increpó a los que la miraban desde las ventanas de la taberna:

-Salid a dar la cara, cobardes. Sois muy valientes cuando los demás no tienen armas; pero en cuanto os veis frente a una mano armada, os volvéis unos completos cobardes.

Destrozando con un último balazo uno de los cristales de la taberna, Leonor, convertida en un verdadero marimacho, se metió el revólver en el cinto que ceñía el talle y volviendo despectivamente la espalda a los que la contemplaban llenos de asombro, fue a reunirse con su marido, que la aguardaba en el despacho del *sheriff.*

Esley Carr sonrió burlonamente al ver entrar a Leonor, y la mirada que dirigió luego a César de Echagüe fue de indudable desprecio. Sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario, y cuando César y su esposa se hubieron acomodado en unos malos sillones, preguntó:

-¿A qué debo el honor?

-Venimos para saber qué hay de las propiedades de la señorita Banning -dijo Leonor, adoptando la actitud de la mujer habituada a llevar la voz cantante en su hogar.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Carr.

-Lo que he dicho, señor *sheriff.* Ayer llegaron hasta nosotros ciertos rumores acerca de que el rancho Banning había sido incautado por usted.

-Es cierto -respondió Esley Carr.

-¿Por qué lo ha hecho?

-Para cubrir la indemnización que se ha de pagar a la familia de Kirkland, el agente que resultó asesinado por el señor Banning.

-¿A cuánto asciende? -preguntó, casi al momento Leonor, a la vez que reprendía con una mirada a su marido.

-A cien mil dólares.

-¡Caramba! -exclamó Leonor-. Me parece mucho dinero para pagarlo por la vida de un hombre.

-Es la ley.

-Ayer noche asesinaron a un hombre delante de nuestro hotel -dijo César.

-Y no le vimos a usted tomar cartas en el asunto-siguió Leonor.

-¿Por qué piden eso?

-Porque la señorita Banning ha buscado refugio entre nosotros y queremos defender sus intereses. Al fin y al cabo obró muy precipitadamente al juzgar y ejecutar al señor Banning y a sus hombres.

-¡Señora! -gritó Carr-. En este pueblo yo soy...

-Él es la ley, Leonor -interrumpió César, dirigiéndose a su mujer-. Si sigues así se enfadará y te ahorcará. Y déjele ya, pues tenemos que ir a ver al señor Beach.

-¿Para qué han de ver a Beach? -preguntó Carr.

-Para hablarle de una compra de tierras.

-¿Qué tierras?

-¿Entra eso dentro de sus atribuciones? -preguntó, bostezando, César.

-No... no. Es sólo curiosidad...

-Recuerde que deseo hablar con Mick Strauss-dijo Leonor.

-Sí, queremos hablar con él.

-No podrá ser -replicó Carr.

-¿Por qué?

-Porque Strauss ha abandonado estas tierras.

La decepción pintóse en los semblantes de César y Leonor. Nadie hubiera podido adivinar que era fingida.

-¿Le vio marchar usted? -preguntó, al fin, Leonor-. Si no le vio usted, seguiremos buscándole.

-¡Claro que le vi!

La mirada de César se fijó en un papel doblado que el *sheriff* tocaba nerviosamente. Era el mensaje del *Coyote;* pero Carr sólo hizo mención indirecta a él. Durante varios minutos pareció luchar con el deseo de preguntar algo y, al fin, tomando una decisión, abordó el tema.

-Óigame, don César, yo podría hacer algo por usted y por la señorita Banning si usted quisiera ayudarme.

-¿Yo?

-No te comprometas a nada, César -advirtió su mujer-. Oigamos antes lo que ese hombre quiere proponernos.

-La señorita Banning podría conservar una pequeña parte de sus tierras, es decir, la casa del rancho y los terrenos circundantes, con lo cual tendría para vivir. El señor Bolders ofrece una suma bastante importante por todo lo demás y la familia de Kirkland se conformad con ese dinero.

-Bien, continúe.

-Ustedes han vivido en Los Ángeles ¿no?

-Creo que sí -rió César-. ¿Por qué?

-Últimamente *El Coyote* actuó mucho por allí, ¿no?

-¡Ah! ¿Llegó ya *El Coyote*? -preguntó Echagüe.

-¿Por qué pregunta eso?

-¿Por qué pregunta usted por *El Coyote*? Supongo que no lo necesita para que le ayude a detener asesinos.

-¿Y por qué no?

-Porque me parece usted un hombre capaz de detenerlos y ahorcarlos sin necesidad de ayuda.

-Déjese de suposiciones y responda lo que le pregunto.

-Efectivamente, *El Coyote* actuó bastante en Los Ángeles. ¿Está satisfecho de mi respuesta?

-Es sólo una respuesta parcial. ¿Desde cuándo actúa *El Coyote* en California?

-Eso tendrá que contestárselo mi mujer, que es una gran admiradora de ese bandido. Yo estaba en La Habana cuando *El Coyote* empezó a actuar. O en Méjico. No lo recuerdo con exactitud.

-Hace cuatro años -contestó Leonor.

-¿Conocen su identidad?

César y Leonor soltaron una carcajada.

-¡Por Dios! Si supiésemos quién es *El Coyote* lo hubiéramos denunciado a las autoridades.

-La personalidad del *Coyote* es doble -siguió Carr-. Existe el enmascarado a quien todos conocen sin conocerlo, y ha de existir otra persona muy distinta. Bajo esa doble personalidad, *El Coyote,* puede actuar impunemente.

-Eso dicen -suspiró César-. En Los Ángeles, desde que volví, no he oído hablar de otra cosa. Todos preguntan: ¿Quién es *El Coyote*? Y nadie lo sabe.

-Pero si una persona apareciera siempre en los lugares donde actúa *El Coyote*

podría suponerse que fuera él. ¿Han visto ustedes en Grana a alguien conocido? Quiero decir alguien que estuviese en Los Ángeles por el tiempo en que *El Coyote* actuaba allí.

-No. A menos que sospeche usted de mi marido -contestó Leonor.

Una carcajada se escapó de los labios del *sheriff.*

-No, señora, no sospecho de él. ¿Cómo iba a sospechar del ca...? -Al llegar aquí Carr se contuvo y haciendo un esfuerzo termino-: ¿Cómo iba a sospechar de un caballero como él?

-Claro -bostezó César-. ¿Cómo iba a sospechar de mí? ¡Qué tonterías dices a veces, Leonor! Dejemos al señor Carr y vayamos a hablar con el señor Beach. Estoy deseando comprar esas tierras de Ryan.

-¿Quieren comprar tierras en Ryan? -preguntó, súbitamente interesado, el *sheriff.*

-Sí, eso quiero -respondió César.

-Ryan está en el Valle de la Muerte.

-Eso creo.

-Es un lugar terrible. Además no hay agua...

-En Ryan hay agua abundante.

-¿Y qué piensa hacer allí?

César se encogió de hombros.

-Tuve un sueño en el cual yo me encontraba en Ryan comprando tierras, y vi que de aquellas tierras salía una especie de sal que se llama bórax, y que usted no debe de conocer. Esa sal se llevaba en unas carretas enormes tiradas por veinte mulas. Estoy seguro de que fue un aviso providencial y quiero comprobar si es cierto.

-¿Y el señor Beach quiere venderle esas tierras?

-Se las quise comprar al señor Bauer, pero los acontecimientos me lo impidieron. También pensaba comprar al señor Banning; pero usted me lo impidió. Ahora procuraré que el señor Beach me las venda, si nadie se interpone.

Carr no replicó nada, y César, poniéndose en pie, salió de la oficina, seguido por su mujer. Al quedar solo, el *sheriff se* acarició la barbilla unos momentos, luego abrió un cajón y sacó de él unos documentos, los consultó y frunció el entrecejo; luego, descargando un puñetazo sobre la mesa guardó aquellos documentos y abrió el papel en el que aparecía el mensaje del *Coyote.*

-¡Está bien! -gruñó-. ¡Veremos quién terminará con quién!

Esley Carr tenía la frente bañada en sudor y al ir a sacar un pañuelo para enjugárselo, un papel revoloteó hasta el suelo. Inclinóse a recogerlo y vio que era una nota. Al abrirla lo primero que vieron sus ojos fue la inconfundible cabeza de un coyote como firma de este mensaje:

> YO TERMINARÉ CONTIGO. TE DOY VEINTICUATRO HORAS PARA ABANDONAR TU PUESTO.



Un escalofrío recorrió el cuerpo de Carr. ¿Cómo había llegado hasta allí aquel mensaje que contestaba tan amenazadoramente a la pregunta que él acababa de formularse?

Recordó las palabras de César de Echagüe y de su esposa. ¿Y si aquel

californiano que demostraba tanta cobardía y, al mismo tiempo, tenía respuestas tan mordientes, fuera en realidad *El Coyote*?

-De todas formas es mejor terminar con él -decidió Carr-. Tanto si es o no *El Coyote,* se interpone en nuestro camino. Es un obstáculo que necesitamos eliminar.

Capitulo VI

Más fuerte que el odio

Lucy Banning despertó a principios de la tarde. Junto a su lecho estaba Leonor y la joven sintió un gran alivio al ver a aquella mujer que tan buena y comprensiva se había mostrado.

-¿Cómo he podido dormir tanto? -murmuró.

-Gracias a un narcótico -explicó Leonor-. Por cierto que fue tan fuerte que ya temíamos que no llegase a despertar nunca.

Lucy miró a su alrededor.

-Pronto podré volver a mi casa -murmuró-. Allí estaremos mejor. Ustedes me acompañarán.

-Lucy -interrumpió Leonor-. Es mejor que sepa usted la verdad. Casi todas sus tierras han sido incautadas. En el mejor de los casos sólo conservará el rancho y los huertos inmediatos. Parece ser que el ganado y los pastos van a parar a manos de Irah Bolders, que ha pagado por ellos la indemnización que se ha de dar a la familia de Kirkland, el hombre que murió a consecuencia del disparo que le hizo su padre.

-Pero... nuestras tierras valían una gran fortuna...

-Tal vez; pero no olvide que está en un sitio donde la ley sólo es ley para algunos. Por ejemplo, para usted. De todas formas, confíe en nosotros. Haremos lo posible por defender sus intereses.

-Pero... ¿dónde está su marido?

César de Echagüe estaba en aquellos momentos entregado a una tarea muy impropia de un hombre, aunque él no parecía concederle importancia a ese hecho. En la parte trasera del hotel había tendido unas cuerdas entre unos cuantos postes y de ellas tendía la ropa que Leonor había lavado poco antes.

Philip Bauer le halló ocupado en ese trabajo y disimulando su asombro, preguntó:

-¿Cómo está Lucy?

-¡Oh, mi buen amigo! -rió César-. Creo que la señorita Banning ha despertado ya. Mi señora la está atendiendo. ¿Desea usted verla?

Philip vaciló un momento.

-Me gustaría... pero...

-¿Qué le ocurre?

-He tenido una discusión un poco violenta con mi padre -replicó el joven-. No quisiera criticarle, porque al fin y al cabo es mi padre; pero me ha dicho que no ve con buenos ojos que yo pretenda casarme con Lucy.

-¿Le ha expuesto las causas?

-Dice que sobre el nombre de su padre pesa una mancha... Además, dice que Banning quiso asesinarle...

-No se preocupe demasiado por eso -rió César-. Su padre rectificará. Si le quiere...

-Me quiere; pero a veces no le comprendo. Él tiene ambiciones. Dice que la hija de Irah Bolders me conviene más.

-¿Por qué?

-Porque heredará una parte de la fortuna de su padre.

-¿Tiene un hijo varón el señor Bolders?

-Sí.

-Comprendo. Bien, suba a ver a su novia y dígale... dígale que ha roto con su padre y que de ahora en adelante usted sólo tendrá lo que gane con su trabajo. Eso le causará buen efecto.

-Pero...

-¿No se atreve a hacer frente a la vida?

-Sí; pero abandonar a mi padre...

-¿Ha vivido siempre junto a él?

-No. En realidad estuvimos separados unos años, mientras él hacía fortuna en California; pero antes y luego siempre ha sido un buen padre para mí.

-Si él le quiere le perdonará. Conviene que el amor sea más fuerte que el odio. Además, yo intervendré a su favor.

Philip Bauer dio efusivamente las gracias a César y entró en el hotel, subiendo al cuarto que ocupaba Lucy. César volvió a su trabajo de tender ropa, y, apenas lo había iniciado, se vio interrumpido por la llegada de dos jinetes. Uno de ellos era Esley Carr.

-Está usted muy lindo, don César -comentó, riendo, el *sheriff-.* Pocas veces he visto a un hombre ocupado en eso. Y veo que lleva un buen revólver. ¿Desde cuándo? ¿Lo necesita para asustar a las moscas?

-No pierda el tiempo conmigo, Carr -replicó, muy hosco, el californiano-. Vaya a detener a los asesinos que andan sueltos por estos lugares.

En aquel momento se oyeron tres disparos; mas ni el *sheriff ni* su comisario demostraron interés por ellos.

-Oiga, señor Echagüe -dijo el *sheriff-.* He sabido que Beach le ha vendido uno terrenos en Ryan.

-Sí.

-La escritura de venta ha sido legalizada muy rápidamente.

-Sí.

-Yo le aprecio y no me gustaría que le ocurriese nada malo.

-Gracias.

-Ha pagado usted a Beach tres mil dólares por esos terrenos de Ryan.

-Sí.

-Le doy seis mil dólares por ellos.

-No.

-¿Le parece poco?

-Sí.

-Le doy diez mil.

-Doce mil.

-Aceptado.

Echagüe se echó a reír.

-Sólo quería saber si estaba dispuesto a pujar mucho, *sheriff.* Veo que le interesan mucho esas tierras situadas en un lugar infernal, sin agua y sin comodidades. No vendo.

-Se expone usted a graves peligros.

-Ya lo sé.

-No, no lo sabe. Puedo detenerle.

-Pero no lo hará.

-No esté tan seguro.

-Lo estoy.

-¿Es su última palabra?

-Es la única respuesta que puedo darle. Vine aquí con el exclusivo objeto de comprar esas tierras. No para revenderlas al momento. i

-Está bien. Buenas tardes, señor Echagüe. Y feliz viaje.

-No pienso marcharme aún.

-Pero se marchará, ¿no? Si vino a comprar esas tierras, su misión ya está cumplida.

-Es verdad. No había comprendido lo sagaz que es usted. Adiós, *sheriff.*

Esley Carr y su compañero se alejaron al galope. César los siguió con la mirada y cuando estuvieron lo bastante lejos se quitó el delantal, tiró la ropa dentro del cesto y deslizóse silenciosamente hacia el frondoso roble donde en la noche anterior se había reunido con Calex Ripley.

Rebuscó un momento dentro de uno de los huecos del tronco y sacó un papel doblado en el cual leyó un largo mensaje. Después rasgó el papel y emprendió el regreso al hotel. Subió a la habitación y vio que Philip había ocupado el puesto que Leonor dejara vacante junto a la cama. El joven retenía entre las suyas las manos de Lucy. Sin acabar de entrar, y sin que su presencia fuera advertida por los jóvenes, César de Echagüe retrocedió dirigiéndose a su cuarto. Allí le esperaba Leonor.

-Acaban de traer un mensaje para ti -dijo, tendiendo un papel doblado y sellado.

César rompió el sello de lacre y leyó en voz alta:

Señor Echagüe: He sabido por mi buen amigo Manoel Beach que acaba de adquirir usted de él algunas tierras situadas en Ryan. Por este hecho ingresa usted en la Asociación de Propietarios de Ryan y le agradeceré que, para legalizar ese punto, me visite a las seis de esta tarde en mi rancho, trayendo el documento justificativo de su propiedad. Le saluda atentamente,

IRAH BOLDERS

-¿Qué significa eso? -preguntó Leonor.

-Nada más que el señor Bolders desea verme. Si quiero llegar a su rancho a tiempo, tendré que arreglarme en seguida. Escucha atentamente lo que voy a decirte.

Durante unos diez minutos, César estuvo dando detalladas instrucciones a su mujer; luego cambióse de ropa, hizo un paquete con otras prendas y bajó a solicitar del dueño del hotel que le prestase un caballo, para ir en él hasta el rancho de Irah Bolders.

Capítulo VII

La muerte de César de Echagüe

Alguien oyó, sin dar importancia al hecho, un disparo de fusil en la llanura.

Más tarde se vio regresar a un jinete hacia Grana.

A las nueve de la noche, un caballo se detuvo frente al hotel en que se hospedaban los Echagüe. Era el mismo caballo en que había partido César, cinco horas antes.

A los relinchos del animal, salieron el dueño del hotel y el mozo de cuadras. El caballo parecía fatigado y en la silla de montar se descubrieron unas manchas oscuras que podían ser de sangre.

-¿Qué significa esto? -preguntó el dueño del hotel al mozo de cuadra.

El joven se encogió de hombros, replicando:

-No sé. Lo habrán matado.

-¿Y por qué han de haberlo matado? ¿No pudo haber caído del caballo?

El dueño del hotel se rascó la cabeza. Verdaderamente era difícil llegar a caerse de aquel caballo, uno de los más mansos que tenía.

-¿Y qué digo yo a su mujer?

El mozo de cuadra se apresuró a replicar, antes de que su jefe pensara en endosarle aquel trabajo:

-Algo tendrá usted que decirle.

-Claro -suspiró el hombre-. Yo tengo que decírselo; pero no es agradable.

-No, no es agradable.

El dueño del hotel se secó el sudor que ya bañaba su frente y, con tardío paso, subió a explicar a Leonor que su marido debía de haber sufrido algún accidente.

Cinco minutos más tarde, Leonor de Acevedo ponía en conmoción el hotel con sus alaridos. Difícilmente se hubiera encontrado una viuda más desolada en todo el Oeste.

Un jinete se acercó al galope a una solitaria cabaña que se levantaba a bastante distancia de Grana. Espoleaba sin compasión a su caballo, y el animal parecía a punto de reventar. , A un centenar de metros de la cabaña, el jinete frenó a su caballo hasta detenerlo. Luego le hizo avanzar al paso hasta que una voz le ordenó:

-¡Alto!

-Soy amigo.

-¿De quién? -preguntó el centinela, que permanecía tendido entre los arbustos.

-De la Muerte.

-Adelante.

Reanudó su marcha el recién llegado y a unos veinte metros de la cabaña echó pie a tierra, ató su caballo a una barra a la que estaban atados otros seis o siete caballos y luego dirigióse hacia la cabaña. Otro centinela le cerró el paso.

-¿Eres tú, Ripley? -preguntó.

-Sí -respondió el recién llegado.

-¿Has tenido suerte?

-Regular.

-Puedes entrar. Te están esperando.

Ripley llamó con los nudillos a la puerta de la cabaña y dio su nombre en respuesta a la pregunta que llegó del interior. Al cabo de un minuto o minuto y medio, se abrió la puerta y Calex Ripley entró en la cabaña. Ésta se hallaba ocupada por dos hombres. Uno de ellos era Esley Carr, el otro llevaba el rostro cubierto por una máscara que tapaba por completo sus facciones. Una manta a modo de poncho le cubría el traje. Era indudable que el desconocido procuraba disimular lo mejor posible su identidad.

El *sheriff,* que era el que había abierto la puerta, la cerró con todo cuidado y, dirigiéndose a Ripley, preguntó:

-¿Cómo ha ido la cosa?

Por toda respuesta, Calex Ripley tiró sobre la mesa, a la que estaba sentado el enmascarado, una cartera, una bolsa, un reloj de oro, dos anillos y una medalla. Estas cuatro últimas cosas envueltas en un ensangrentado pañuelo.

La ansiedad del desconocido era tan grande que no pudo contener su impaciencia y, con mano temblorosa, abrió la cartera, que contenía numerosos documentos. Examinó superficialmente varios de ellos; pero dedicó toda su atención a uno que extendió sobre la mesa, junto a la lámpara de petróleo. Lo leyó sin pestañear y, por fin, movió afirmativamente la cabeza.

Esley Carr acercóse y examinó el documento.

-¿Es la cesión de las tierras de Beach? -preguntó.

El otro movió afirmativamente la cabeza y con voz disimulada, contestó:

-Sí. Ahora debemos dar el golpe definitivo; pero que no falle.

-¿Contra Beach?

A la pregunta de Carr, el otro respondió negando con la cabeza y moviendo la mano derecha en plano, como descargando un golpe seco.

-¿Todos? -preguntó Carr.

-Sí.

-¿Cuándo?

-Mañana por la noche. Los reuniremos a todos en el rancho. Allí tú los detendrás y luego los dejarás huir y...

-Es muy expuesto.

-Pago bien. Además, aquí tienes pruebas suficientes para ahorcarlos a todos.

El desconocido abarcó con un ademán los objetos propiedad de César de Echagüe. Al hacerlo se fijó en Calex Ripley, que permanecía inmóvil, como esperando nuevas órdenes.

-¿Qué espera? -preguntó a Carr.

Éste inclinóse al oído del que parecía su jefe y le habló unos segundos. El hombre movió varias veces la cabeza como aprobando lo que el *sheriff* decía y, por fin, mirando al Ripley, pidió:

-Cuéntame cómo fue la cosa.

-Le aguardé en el paso del Zorro, como se me había indicado. Le vi llegar muy despacio y mientras dejaba beber a su caballo, disparé. Cayó sin darse ni cuenta de lo que acababa de ocurrirle. Registré el cadáver y recogí lo que se me había ordenado.

-¿Leíste este documento? -preguntó el de la máscara.

-Claro. ¿Cómo, si no, hubiera podido saber si conseguía lo que me había pedido?

-Claro... ¿Te guardaste el dinero que llevaba encima?

Ripley negó con la cabeza.

-Todo está ahí; pero se me dijo que recibiría quinientos dólares además de lo que encontrara en su poder.

-¿Cuánto hay en la bolsa?

-Mil quinientos en oro.

El enmascarado examinó la bolsa. Era de cuero finamente trabajado y en ella se leían las iniciales C.E. Deshaciendo los cordones que la cerraban la vació sobre la mesa, contando velozmente las monedas de oro.

-Mil quinientos -repitió, siempre con voz desfigurada-. Buen trabajo y bien pagado. ¿Qué más hiciste?

-Enterré el cuerpo.

-¿Dónde?

-Donde nadie podrá hallarlo.

-¿Por qué no quieres que lo hallen?

-Porque hay balazos que tienen marca, y el mío la tenía.

-¿Qué quieres decir con eso? -le preguntó el enmascarado.

-Que por ahora se podrá sospechar de que yo he matado a Echagüe; pero de momento nadie puede demostrar, y quiero que jamás pueda ocurrir lo contrario, que yo le maté.

-Nosotros sabremos guardar el secreto.

-Si yo no sé guardarlo, ¿qué esperanza puedo tener de que otros sean más prudentes que yo? Si lo que les interesaba era que muriese, ha muerto. Los demás ya no es asunto suyo, sino mío.

El enmascarado soltó una suave carcajada.

-Me gusta -dijo-. Eres de la clase que yo prefiero tener a mis órdenes. Carr, dele dos mil quinientos dólares. Es lo prometido.

-¿No se queda lo de la bolsa? -preguntó el *sheriff.*

-No. La bolsa, el reloj, la cartera y las joyas valen demasiado para malgastarlos. Son las pruebas que necesitamos.

-¡Ah! -rió Carr.

Y dirigiéndose a un rincón de la estancia abrió una pequeña trampa disimulada en el suelo y de ella sacó una caja de acero, de cuyo interior extrajo unos cartuchos de monedas de oro que dejó sobre la mesa. El enmascarado deshizo los cartuchos y con sus enguantadas manos empujó el oro hacia Ripley, que lo recogió ávidamente.

-¿Desean algo más de mí? -preguntó.

-No. De momento, no -replicó el enmascarado. Luego, en voz baja, dijo unas palabras a Carr.

Éste se volvió hacia Ripley y le ordenó:

-Reúnete con los otros, en la cabaña, y espera órdenes para mañana.

Calex Ripley inclinó la cabeza y salió de la cabaña, yendo a reunirse con sus compañeros. Una hora después Esley Carr se reunía con sus catorce hombres y les ordenaba:

-Estad preparados para mañana. Al anochecer tendremos un trabajo.

No explicó cuál sería aquel trabajo; pero todos estaban habituados a cumplir órdenes sin hacer preguntas innecesarias.

-Ahora podéis marcharos. No perdáis tiempo.

Todos se dirigieron en busca de sus caballos y, un cuarto de hora más tarde, la cabaña parecía desierta. Esley Carr y el enmascarado salieron de ella. El segundo declaró:

-¡Por fin seremos los amos! Esos cuatro idiotas que nos estorban serán eliminados. Las culpas de todo lo ocurrido hasta ahora recaerán sobre ellos y tú serás el dueño del Valle de Grana.

-Y usted el dueño del Valle de la Muerte.

-Sí. Los dos nos llevamos un buen premió. No se te ocurra sentir más ambicio-

nes de las necesarias, porque podrías quemarte.

-Lo sé, jefe; pero usted, que es maestro en traiciones, no cometa la locura de experimentar en mí. Guardo pruebas que le enviarían a la horca.

-También lo sé, Carr, y quiero que mañana, cuando todo haya terminado, me entregues estas pruebas. Yo te daré otras que podrían enviarte, también, a la horca.

-Mañana se rompe la sociedad. En adelante usted por un lado y yo por otro, jefe.

-Pero siempre buenos amigos, ¿no?

-Siempre... mientras podamos sernos mutuamente útiles.

-Eres un perfecto canalla, Carr.

-Yo diría que somos un par de canallas perfectos, jefe -replicó el *sheriff.*

-Buenas noches.

-Buenas noches.

En el momento en que los dos hombres iban a separarse se oyó un movimiento entre los matorrales. Carr empuñó un revólver y levantando el gatillo fue a disparar. Un aullido se elevó en la noche y el enmascarado contuvo al *sheriff.*

-Es sólo un coyote -dijo-. No hagas ruido.

-Quisiera matar a todos los coyotes -replicó Esley Carr.

-Yo sólo quisiera terminar con uno de ellos -replicó el otro.

-¡Ese maldito *Coyote,* -gruñó Esley-¿Por qué habrá venido aquí?

-¿Le tienes miedo?

-Le tenemos miedo. Después de lo que hizo con Strauss...

-Sospecho que la bala que terminó con César de Echagüe terminó también con *El Coyote.*

-No creo, jefe. Aquel hombre no se parecía en nada a lo que debe de ser *El Coyote.*

-Ya veremos. Adiós.

El enmascarado montó en uno de los caballos que aún quedaban atados a la barra y alejóse al galope. Esley Carr le siguió con la mirada, murmurando:

-Ya veremos, cuando esto termine, quién está en manos de quién.

Luego montó a caballo y partió hacia Grana. Unos minutos después una sombra salió de entre la maleza, y en la noche dibujóse la silueta de un hombre alto, delgado, vestido a la mejicana, cuya rostro estaba cubierto, también, por un antifaz.

-Entre traidores anda el juega -murmuró-. Ellos mismos se condenarán.

De nuevo desapareció el enmascarada entre la maleza y un momento después se escuchó el galopar de un caballo, quebrado, un momento, por el prolongado aullido de un coyote. Era un aullido tan perfecto, que ni los mismos animales salvajes hubieran podido decir si era o no legítimo.

* * *

Las nueve de la mañana siguiente dieron en el momento en que el *sheriff* Esley Carr entraba en el hotel donde se hospedaba la señora de Echagüe.

Un viejo minero, veterano de la locura del oro en 1849 que atrajo a California hombres de todo el mundo y de todas las edades, estaba sentado en la acera de tablas, fumando, cansadamente, una pipa hecha de un trozo de mazorca y una delgada caña. El hombre recostaba su fatigada espalda contra un fardo de mantas; útiles de minería, todo ello viejo y polvoriento. No era extraño ver en Grana mineros que regresaban de los Montes Negros, en pleno Valle de la Muerte, o de la inmensa extensión del Desierto Mojave. Por ello Esley Carr apenas dedicó una indiferente mirada al viejo, que siguió fumando como si por su lado no hubiera pasado la representación de la ley en Grana.

-Quiero hablar con la señora de Echagüe -dijo el *sheriff* al propietario del hotel.

-Está descansando -replicó el hombre-. La pobre está como loca.

El sheriff hizo un gesto de impaciencia.

-De todas formas necesito verla. Envía a alguien para que la prevenga. Mientras tanto, yo examinaré la silla y el caballo del señor Echagüe.

El propietario del hotel dio, resignadamente, una orden a uno de sus empleados y, abandonando su puesto al otro lado del mostrador, acompañó a Carr hasta la cuadra donde le mostró el caballo y la silla de montar.

El *sheriff sacó* esta última al sol y la examinó detenidamente, fijándose, sobre todo, en las manchas.

-Sí, son de sangre -dijo al fin.

-Pero están en un sitio muy raro -comentó el dueño del hotel.

-No es raro -replicó Carr-. Coloca la silla sobre el caballo. Supongo que no se os habrá ocurrido lavar el caballo.

-No, no lo hemos hecho.

-Pues sácalo al sol, para que podamos verlo mejor.

El caballo fue sacado de la cuadra a la que se llegaba por un estrecho callejón formado por el espacio que separaba el hotel de la casa vecina. Carr examinó el animal y la silla y, señalando unas oscuras y alargadas manchas, indicó:

-Todo está bien claro. El señor fue herido en la cabeza y cayó, seguramente, muerto. Luego el asesino cargó con el cadáver sobre el caballo y la sangre corrió por la silla y por el vientre del animal. Seguramente ese pobre hombre está enterrado en algún sitio del desierto o de la pradera.

El viejo minero escuchó atentamente las palabras del *sheriff,* comentando con ronca voz:

-Yo sé de un millón y medio de sitios en donde se puede enterrar un hombre sin que nunca más se dé con él.

-Yo también, viejo -replicó Carr. Y Volviéndose al dueño del hotel ordenó-: Guarde el caballo tal como está. Haremos venir al juez Freeman para que tome nota de todo esto. Será necesario para el juicio o para la encuesta.

Un momento después apareció el empleado, anunciando que la señora de Echagüe bajaría en seguida a hablar con el *sheriff.*

Diez minutos más tarde, Leonor, muy pálida, aparecía en el vestíbulo del hotel.

-No le he recibido en mi habitación porque la comparto con Lucy Banning -explicó-. La pobre habría pasado un mal rato viéndole a usted. Al fin y al cabo usted asesinó a su padre.

-Señora -protestó Carr-. Yo no asesiné a nadie. Hice cumplir una sentencia.

Leonor le contuvo con un ademán.

-Es igual -dijo-. No discutamos de cosas pasadas. ¿Para qué me quiere? ¿Sabe algo de mi marido?

Carr inclinó la cabeza.

-Desgraciadamente no puedo traerle ninguna noticia agradable ni alentadora. Creo, y todas las pruebas que poseo lo confirman, que su marido no volverá.

-¿Lo han asesinado?

-Así parece.

-Y en ese caso la ley se cruzará de brazos...

-No, señora -protestó Esley Carr-. En este caso la ley actuará implacablemente. Tenemos pistas que nos conducirán hacia sus asesinos; pero necesitamos algunos datos.

Esley Carr sacó una libreta de tapa de hule y un lápiz cuya punta parecía hecha a mordiscos.

-¿Puede decirme qué objetos de valor llevaba su esposo encima?

-Solía llevar algo más de mil dólares en oro en una bolsa marcada con sus iniciales -contestó Leonor.

-Tenga la bondad de describirme la bolsa.

-Era de cuero muy fino y lleno de adornos que imitaban un bordado. Se cerraba con un cordón de cuero trenzado, de cuyos extremos pendían dos monedas de oro, una de ellas española, de Carlos III, y la otra mejicana.

Esley Carr escribía rápidamente.

-¿Llevaba reloj? -preguntó luego.

-Sí, un reloj inglés con una inscripción en el interior de la tapa de la esfera.

-¿Puede decirme qué inscripción era ésa?

-Sí... decía: «A mi muy amado esposo. Leonor.»

-¿Llevaba alguna cartera? -preguntó Carr, después de haber tomado nota de la inscripción.

-Sí. Una cartera de piel negra que contenía diversos documentos que no puedo especificar; pero todos los cuales estaban a su nombre.

-Bien. ¿Y joyas? ¿Llevaba alguna joya característica?

-El anillo de matrimonio, que era un aro de oro sencillo, y una sortija con un brillante, que fue de mi madre y que yo le regalé. También llevaba un gran rubí.

-¿Nada más?

Leonor reflexionó.

-Sí -contestó al fin-. Una medalla de oro que representaba a San José llevando en brazos a Jesús.

-Bien. ¿Recuerda algo más?

-No...

Desde hacía unos momentos se oían voces excitadas en la calle, y en aquel instante aumentaron y precisáronse. La palabra «Fuego» fue repetida varias veces y de pronto entró en el hotel uno de los agentes del *sheriff,* anunciando:

-Se está quemando su casa, jefe.

Esley Carr se puso en pie de un salto y, sin despedirse de Leonor, corrió a la calle. Una larga hilera de hombres se estaban pasando ya los cubos de agua para intentar dominar las llamas que habían prendido dentro de la oficina del *sheriff.* Este quedó un momento desconcertado; luego, recordando algo que guardaba dentro de la oficina, echó a correr hacia la casa y, desoyendo los consejos de sus amigos, penetró entre el humo y el fuego, y llegó milagrosamente, hasta su despacho. De un tirón volcó la mesa y debajo de ella apareció un pequeña trampa. La levantó y del hueco que dejó al descubierto sacó una cajita de metal y de dentro de ella unos papeles doblados. Iba a guardarlos en su bolsillo cuando una voz le ordenó:

-Démelos, Carr. Yo los guardaré mejor que usted.

Esley volvióse y, entre el humo, como un terrible fantasma, vio a un hombre vestido de negro y con el rostro cubierto por un antifaz. Su mano derecha empuñaba firmemente un revólver de seis tiros que apuntaba al pecho del *sheriff.*

-¿Quién es... usted? -tartamudeó Carr, aunque comprendía de sobra quién era aquel hombre.

-Soy *El Coyote,* Esley. Me interesan mucho esos documentos.

-¿Para qué? -tartamudeó el *sheriff.*

-Para utilizarlos contra quien usted y yo sabemos. Pero cuide mucho de que la persona esa no se entere de que usted ya no los tiene, porque entonces su vida, amigo Carr, no valdría ni dos centavos de plomo.

Mientras hablaba *El Coyote* tendía la mano a Carr, quien, temblando, entregó los

documentos.

-¿Y ahora? -preguntó.

-Espere un minuto y luego haga lo que le parezca; pero le advierto que si intenta seguirme, sus amigos recogerán su cadáver, no el mío.

Una ráfaga de viento llenó de humo el despacho. Carr, con los ojos irritados y llorosos trató de seguir la negra figura; pero el humo parecía haberla absorbido, y cuando al fin el humo volvió a disiparse, Carr se encontró solo. El chisporroteo de las llamas era tan intenso, que comprendió que si permanecía más tiempo allí su vida correría peligro. Recogiendo unos documentos que en realidad no le importaban, Carr precipitóse hacia la salida y cuando se hubo lavado los ojos pudo contemplar cómo el fuego devoraba el resto del edificio.

Aquel incendio no había sido casual. Alguien había prendido fuego a la casa con el deliberado propósito de hacerle buscar las pruebas que él poseía contra su compañero en la jefatura de la banda. La persona que hizo aquello sabía positivamente que él sólo se cuidaría de salvar aquellas pruebas, y aguardó a que él las sacara para apoderarse tranquilamente de ellas. Ahora Carr estaba desarmado frente a su enemigo. Si éste quería traicionarle podría hacerlo, porque poseía, a su vez, pruebas terribles contra él.

-Pero si ha sido *El Coyote* entonces quien más peligro corre es... Quizá no intente nada contra mí y yo pueda seguir adelante...

Las meditaciones de Esley Carr se vieron interrumpidas por el minero de la pipa de mazorca, quien, acercándose a él, le dijo:

-¡Lástima de casa, señor *sheriff*¡

Carr encogióse de hombros.

-Ya levantaremos otra -replicó.

-Quizá sí -replicó el minero, encogiéndose, también, de hombros-. Quizá sí; pero hágala de piedra, *sheriff.* Tardan más en quemarse.

Esley Carr gruñó algo entre dientes y desatando su caballo montó en él y salió del pueblo. Necesitaba ver a alguien. Y sólo después de verle y de comprobar que no se había movido de su casa, estaría tranquilo. Como excusa podría dar la de que Leonor de Acevedo había proporcionado todos los datos que se necesitaban acerca de su marido.

Capitulo VIII

Los asesinos de César deEchagüe

El salón del rancho Círculo I. B. estaba ocupado por cuatro hombres. Todos ellos respondían al tipo clásico del ganadero del Oeste. El más joven de los cuatro había dejado atrás, desde hacía bastante tiempo, los cincuenta años y el más viejo, o sea el dueño, Irah Bolders, había cumplido los sesenta y cinco en su último aniversario. Los cuatro eran fuertes, bronceados por el sol y el viento de aquella región fronteriza con el desierto.

-Sólo falta Jacob Bauer -dijo Irah Bolders-. En cuanto llegue podemos empezar la discusión.

-¿Sobre qué hemos de discutir? -preguntó Manoel Beach.

-Entre otras cosas, de tu precipitación al vender parte de tus tierras de Ryan.

-¿Es que no tengo derecho?

-Antes de vender a un extraño debiste consultarnos a nosotros y ofrecernos esos terrenos, si es que necesitabas dinero.

-No los vendí porque necesitase dinero -replicó Beach-. Lo hice como muestra de agradecimiento.

-¿A quién? ¿A aquel californiano?

-A un californiano, sí.

-¿Qué tenías que agradecerle?

-Eso es asunto mío, Irah, y desde el momento en que lo he hecho, bien hecho está.

-Si nos oponemos a que ingrese un nuevo socio, no ingresará.

-Estamos perdiendo el tiempo en tonterías -gruñó Daniel Baker-. Beach vendio las tierras a un tal Echagüe, que ha muerto...

-Se equivocan ustedes, caballeros -dijo una voz que brotaba de detrás un sillón de altísimo respaldo colocado frente a la amplia chimenea, y por lado del cual apareció el rostro del californiano.

-¿Qué significa eso? -preguntó Ira Bolders, avanzando hacia César d Echagüe-. ¿Cómo ha entrado usted aquí?

-A través de la pared, señor Bolder Los muertos tenemos esa facultad.

-¿Qué broma es ésta?

-No es broma, es amenaza terrible. Los muertos solemos presentarnos a nuestros asesinos. Ustedes cuatro me asesinaron. Pagaron a un pistolero para que me aguardara en la pradera y me destrozara la cabeza de un tiro. Él cumplió su cometido y yo he muerto. Por eso he venido a hostigarles con mi fantasma hasta ponerlos en un estado de nervios tal que acabarán confesando a grandes voces su delito.

-Señor Echagüe, usted está loco -dijo Manoel Beach.

-Nada de eso, señor Beach. Usted pagó su parte al asesino porque deseaba recobrar el título de venta de las tierras de Ryan.

-¿Eh?

-Sí. Lo tiene escondido en su casa y en estos momentos el *sheriff lo* está encontrando. ¡Quieto! Por muy deprisa que empuñe su revólver no se anticipará a éste -y César de Echagüe encañonó a los cuatro hombres con un revólver de largo cañón-. Tenga la bondad de dejar sus armas sobre aquella mesita. No, no vacile, porque dispararé, y aunque yo soy un fantasma, el revólver es legítimo.

-Esto es una burla... -tartamudeó Beach, aunque apresurándose a obedecer las órdenes recibidas.

-Ahora usted, señor Baker -siguió César de Echagüe-. Veo que también usa revólver y en esta reunión sobran todas las armas excepto las mías. Usted me hizo matar porque codiciaba una bolsa con mil quinientos dólares que escondió usted en uno de sus armarios, pero que ha sido encontrada ya por el señor Carr.

-Es usted un loco o un...

-Soy un fantasma, señor Baker. He venido a asustarles y a prevenirles que dentro de unas horas serán ejecutados por su crimen. En cuanto a usted, señor Blythe, tenga la bondad de depositar también sobre la mesa el revólver que lleva bajo el sobaco. Usted es el peor de todos, pues me hizo matar para apoderarse de dos sortijas y de una medalla que envolvió en un pañuelo manchado con mi sangre y escondió en algún sitio de su rancho; pero yo he advertido al *sheriff* Carr y ya ha dado con esas pruebas.

»En cuanto a usted, señor Bolders, no lleva revólver, porque no es costumbre

que los dueños de una casa reciban con la pistola al cinto a sus invitados; pero debo decirle que su suerte también está echada, ya que me hizo matar para robarme un reloj inglés que era una maravilla. En estos momentos el señor Carr viene hacia aquí a buscarlo.

-¡He tolerado ya bastante esta broma indigna! -rugió Irah Bolders-. ¿Quién es usted? No me diga...

-¿No quiere que le diga que soy un fantasma? Como quiera, señor Bolders. Me vuelvo al limbo de donde he venido. Les regalo el revólver.

César de Echagüe lanzó hacia los cuatro hombres el revólver que empuñaba y, como por azar, el arma fue a chocar contra el quinqué de porcelana y cristal que daba luz a la sala, y que se hizo pedazos, sumiendo la estancia en tinieblas.

Durante unos segundos reinó la mayor confusión, pues mientras unos se precipitaban hacia donde estaban las armas, Irah Bolders corrió hacia el hogar, derribando el sillón tras el cual había aparecido César de Echagüe, sin dar con el que se había presentado como fantasma.

Parecía que la confusión no iba a cesar, pues mientras unos gritaban los otros corrían de un lado a otro; pero de pronto, se oyó abrirse la puerta del salón y en el umbral apareció Esley Carr empuñando con una mano una lámpara y con la otra un revólver. Tras él se veía a varios de sus agentes y a Jacob Bauer.

-¿Qué ocurre aquí? -preguntó con duro acento el *sheriff.*

La llegada del *sheriff* desconcertó a todos, y nadie respondió a su pregunta. Al fin, Irah Bolders tartamudeó:

-Estuvo el señor Echagüe...

Esley Carr y Jacob Bauer cambiaron una mirada de asombro e inquietud.

-¿Qué dice? -preguntó el *sheriff.*

-Aún debe de estar... si no ha salido por la puerta... -tartamudeó Bolders.

-Nadie ha salido por la puerta. Cuando empezó el estrépito ya estábamos nosotros en el corredor y no vimos salir a nadie.

-Pues entonces está aquí, *sheriff* -dijo Beach.

Esley Carr, siempre empuñando su revólver, volvióse hacia sus hombres y ordenó secamente:

-Vigilad esta puerta. Que nadie salga -se volvió hacia Bauer y pidió-: Acompáñeme.

El ganadero y el *sheriff* registraron muy pronto el salón sin hallar el menor rastro del «fantasma». Cuando llegaron junto a los restos de la lámpara, Esley Carr recogió del suelo un revólver y, volviéndose hacia los cuatro ganaderos, preguntó:

-¿De quién es este revólver?

-Lo tiró el señor Echagüe... o el que fuera -contestó Bolders.

Esley lo examinó atentamente y luego, dirigiéndose a Bolders, pidió:

-¿Quiere examinar esta arma? Creo reconocerla.

Bolders se acercó y en seguida exclamó:

-¡Es mi revólver! ¿Cómo es posible...?

Esley Carr soltó una carcajada.

-Creo que todo está claro, señores -luego se volvió hacia la puerta, por donde acababa de entrar uno de sus hombres-. ¿Has encontrado algo? -preguntó.

-Sí, jefe. Un reloj de oro con la inscripción que usted indicó. Estaba en un cajón del dormitorio.

El hombre avanzó hacia el *sheriff y* le entregó el objeto indicado. Carr lo abrió y mirando burlonamente a Bolders, comentó:

-No me extraña que viera usted fantasmas. Y ustedes tampoco están faltos de

motivos para asustarse. Entre los cuatro hicieron matar al señor Echagüe y se repartieron sus bienes, como una vulgar cuadrilla de ladrones.

-¡Pero eso es imposible, Carr! -exclamó Bauer.

-¿Es que usted no ha visto, también, lo que hemos encontrado en los otros ranchos? La cartera de Echagüe con la escritura de venta de las tierras de Ryan, las joyas y la bolsa con los mil quinientos dólares.

Carr volvióse hacia los cuatro estancieros que, al ver confirmarse las palabras del que ya creían verdaderamente un fantasma, no tenían ni fuerzas para protestar de la acusación de que eran objeto.

-Les advierto que están detenidos, y les advierto, también, que la acusación será gravísima. Estamos acumulando pruebas, y creo que todos bailarán al extremo de una cuerda. Usted Bolders, ha adquirido muchas tierras y ha ayudado a expoliar a muchos pequeños propietarios; pero, al fin, pagará todos sus delitos.

-¡Esto es una canallada, Carr! -rugió Bolders—. Usted se ha beneficiado tanto como yo y los demás de todo cuanto hemos hecho. Si usted no hubiera vendido la Ley al mejor postor, ninguno de nosotros habría podido intentar nada...

-Con esas palabras no se beneficia usted, Bolders -advirtió Carr-. Las pruebas existen y si no puede usted presentar mejores pruebas que sus difamaciones, los jueces no tendrán dificultades en dictar sentencia justa e implacable.

-¡Canalla! -escupió Beach-. Hiciste matar a mi hijo y ahora tratas de coronar tu hazaña con otros crímenes... como el de Banning...

-Señores -advirtió Carr-. No quiero discutir con ustedes. Permanecerán en esta habitación hasta mañana por la mañana. Entonces vendrá el juez Freeman y dictara la sentencia. Adiós. ¿Viene usted, Bauer?

-Me quedaré en el rancho. Quiero ver de encontrar alguna prueba a favor de mis amigos.

-Pierde usted el tiempo.

-No puedo creer que sean los asesinos de César de Echagüe.

-Lo son, y por serlo serán ahorcados. Buenas noches. Espero que ésta sea la última que pasen en la tierra.

Jacob Bauer miró a sus amigos, hizo un ademán de impotencia y, por último, inclinó la cabeza *y* siguió a Esley Carr, quien después de situar debidamente a los centinelas, salió del rancho, sonriendo burlonamente. Había dado una orden a sus hombres. Aquella orden completaría su obra.

-Ahora -dijo, por último, a Calex Ripley-, marcho a reunirme con el jefe. Él dictará la verdadera sentencia.

Calex Ripley saludó con un movimiento de cabeza y empuñando su rifle echó a andar por el jardín. De pronto, de detrás de un macizo de flores, surgió una sombra. Era un hombre enmascarado. ¡*EICoyote*!

-¿Qué? -preguntó.

Calex Ripley repitió la orden recibida de Carr.

-Está bien. Tú no dispares.

En seguida la sombra desapareció y Ripley siguió su camino. De la pradera llegaba el nocturno coro de aullidos y gritos de animales salvajes; pero dominándolo todo se escuchaba el aullido de los coyotes en su nocturno merodeo.

Capítulo IX

La sentencia del Coyote

Jacob Bauer se había instalado en la pequeña biblioteca de Irah Bolders. Trató en vano de abstraerse en la lectura de algunos dé los libros que allí se guardaban, pero las letras se hacían borrosas ante sus ojos y las palabras escritas perdían todo sentido. Cuando fracasó el cuarto intento, Jacob Bauer tiró violentamente el libro al suelo.

-La conciencia sucia es muy mala para el que tiene ganas de leer, señor Bauer -comentó, a su espalda, una voz.

Bauer volvióse aterrado y lanzando un grito vio acodado a una de las sillas de alto respaldo a un hombre vestido de negro que empuñaba un revólver de largo cañón. Un ancho sombrero mejicano velaba su rostro, pero un reflejo de la luz en el cañón permitió ver que un antifaz le cubría la cara.

-¿Quién es?

-*El Coyote,* para servirle a usted, señor Bauer -replicó el otro.

-¿Cómo ha entrado?

-Por la puerta. Usted no me oyó porque los remordimientos atronaban sus oídos.

-¿Qué quiere decir?

-Tenga la bondad de dejar con mucho cuidado sobre esa mesita su revólver. Luego vuelva a sentarse en el sitio que ocupaba.

Jacob Bauer obedeció, tembloroso.

-Así me gusta. Ahora podemos hablar mejor. Siéntese. Si quiere un cigarro puede encenderlo. No me molesta el humo.

-Pero ¿quién es usted?

-*El Coyote.* Ya se lo dije.

Jacob Bauer se dejó caer en el sillón y miró, con ojos desorbitados, a aquel misterioso ser en el que hasta aquel momento apenas había creído.

El Coyote, cuando se hubo asegurado de que no tenía nada que temer de Bauer, sentóse frente a él, advirtiendo:

-La puerta está vigilada por uno de mis hombres de confianza. Así nadie nos molestará.

-¿Qué quiere de mí?

-En primer lugar quiero que escuche su historia. Tal vez le interese más oír la mía; pero es más importante la de usted. En el año mil ochocientos cuarenta y nueve, usted llegó a San Francisco procedente de Philadelphia. Su pasado era un poco turbio; pero en medio de tanta porquería como el oro atrajo a California, su suciedad pasó casi inadvertida. Usted quiso buscar oro, y encontró tan poco, que se dio cuenta en seguida de que por aquel medio no llegaría nunca a rico, ¿no es así?

-No. Tuve suerte y encontré un yacimiento...

-No, señor Bauer, el yacimiento que encontró usted ya lo había encontrado otro antes. Recogió usted los beneficios y dejó, como recuerdo, un cadáver. Luego fue repitiendo esa operación que resultaba mucho más sencilla y cómoda que romperse la espalda buscando oro por sí solo. Entonces no se hacía llamar Bauer, sino Batman, y bajo ese nombre está reclamado por diversos *sheriffs* de California. En cambio, no aparece en ningún sitio Jacob Bauer como buscador de oro.

-Carece de pruebas para acusarme.

-*El Coyote* no necesita pruebas, señor Bauer. Pero si las necesitara podría mos-

trarle unos cuantos boletines en los que se ofrecen premios por su captura. Mejor dicho, por la captura de James Batman, cuyas señas personales son las de usted en todo, hasta en la cicatriz en forma de cruz que tiene en la palma de la mano derecha.

Jacob Bauer cerró los puños; pero no se movió.

-El *sheriff* Carr reunió unas cuantas pruebas más contra usted; pero fue tan torpe que se las dejó quitar por *El Coyote,* quien ahora las tiene y podrá utilizarlas contra usted. Son pruebas de sus crímenes en este valle.

-Carr es un canalla.

-Ya lo sé. Carr es la mano y usted era el cerebro. Él ejecutaba los proyectos de usted. Y porque deseaba cubrir bien sus movimientos, marchó usted a Washington a ver al señor Greene. Le expuso la situación del valle y solicitó que enviara a alguien. A alguien que viera y certificase que usted era inocente. Se envió al señor Echagüe, quien vio más de lo que a ustedes les convenía. Sobre todo advirtió una cosa, y era que Carr estaba enterado de su verdadera identidad. ¿Cómo pudo saber Esley Carr que César de Echagüe era cuñado de Edmonds Greene? Sólo a base de que usted se lo hubiera dicho. Y en tal caso, todo demostraba que ustedes trabajaban unidos.

-¿Cómo sabe eso?

-Porque lo sé todo. Su plan, señor Bauer, era echar tierra a los ojos de Echagüe; pero él ya venía algo prevenido y mencionó su intención de comprar tierras en el Valle de la Muerte. Eso significaba la introducción de un obstáculo destructor en el fino engranaje de su plan. Ese plan se basaba en ir eliminando ganaderos y dejar que otros se aprovecharan de las tierras que dejaban libres en el Valle de la Grana, mientras usted, como socio de la Asociación del Valle de la Muerte, iba reuniendo en un solo fondo suyo todas las tierras de Ryan y de los importantísimos yacimientos de bórax del Valle de la Muerte. ¿Quién iba a sospechar que usted perseguía, en realidad, unas tierras que, aparentemente, no tienen valor alguno? Hizo matar a Banning valiéndose de una trampa canallesca, de la cual formaba parte esencial la declaración de César de Echagüe. Luego, después de haberle fallado sus ataques contra Blythe y Beach, trató de asesinar a Manoel Beach haciendo poner en su cama una serpiente de cascabel. Fui informado e impedí el crimen. Como he venido a impedir que bajo una supuesta apariencia de legalidad, sean asesinados sus compañeros.

-¿Piensa matarme?

-No; pero usted, señor Bauer, ha sembrado mucha cizaña, y ahora la cizaña le mata el trigo. Usted merece la muerte y no me importaría matarle en este mismo sitio; pero existe una persona inocente que pagaría sus culpas sin merecerlo. Me refiero a su hijo. ¿Quiere que le digamos la verdad acerca de su padre?

-¡Philip!

Jacob Bauer palideció mortalmente.

-Por él quise ser rico... Para que no le faltase nada.

-No justifica usted su comportamiento, señor Bauer. Pero lo hecho ya no tiene remedio y, además, está en juego otra felicidad. La de Lucy Banning. Ella y su hijo se aman... Cuando se sepa la verdad acerca de usted, los dos serán desgraciados porque la vergüenza impedirá a su hijo a volver a acercarse a la mujer a quien ama. Y entonces, mientras viva, le maldecirá a usted.

-¡No!

-Sí, Bauer. Su hijo le maldecirá porque, por su culpa, no podrá ser feliz. Es lo que ocurre cuando un padre quiere hallar medios demasiado sencillos para ofrecer la felicidad a sus hijos. Ellos no entienden de esas cosas y no hay nadie más severo para juzgar los defectos de un padre que su propio hijo. Yo podría perdonar y excusar; pero su hijo, cuando sepa la verdad, no le perdonará; porque él tiene fe en usted, le cree

honrado, considera que no ha habido jamás un padre más bueno y más honrado que usted, y cuando se dé cuenta de la verdad, se sentirá engañado. Y engañado por el hombre en quien depositó toda su confianza.

-¿Cuánto quiere por su silencio?

-Mi silencio significaría que todos los crímenes de que es usted culpable quedarían impunes. ¿Quién devolverá la vida a César de Echagüe, asesinado con el exclusivo objeto de ofrecer una prueba contra sus propios amigos?... ¿Quién resucitará a Banning? ¿Quién devolverá la vida a los hombres que fueron asesinados para robarles sus tierras? No, no hay precio para mi silencio. A no ser...

-¿Qué? -le preguntó anhelante Bauer.

-A no ser que me entregara las pruebas que usted posee contra Carr. Si me entrega esas pruebas callaré en lo que hace referencia a su pasado. Nadie sabrá jamás quién ha sido usted.

-¿De veras?

-De veras.

-Le traeré las pruebas...

-Sí, pero antes de ir a buscarlas, dígame dónde están. Podría ocurrirle algo y quiero estar prevenido para que Carr no escape a su castigo.

-Están en mi despacho, detrás de un cuadro que representa una playa y unas barcas.

-Bien. Vaya a buscarlas. No, no se lleve el revólver. Déjelo como prenda.

Jacob Bauer se puso en pie y dirigióse hacia la puerta. Antes de que llegara a ella, Calex Ripley la abrió desde fuera y le dejó salir, luego el centinela entró en la biblioteca.

-¿Le deja marchar, jefe? -preguntó al *Coyote.*

-Sí. ¿Estás seguro de la orden que dio Carr?

-Sí. Nos dijo que disparásemos sobre Bauer si trataba de salir de la casa.

-Entonces... su suerte está echada.

-Pero usted sabía... y le ha dejado marchar.

El Coyote no replicó. Parecía abstraído en sus meditaciones. De pronto, al oír el galope de un caballo, levantó la cabeza y escuchó con nerviosa atención. De súbito, un disparo resonó en la noche, seguido por una descarga cerrada. Luego, varios disparos más de revólver y, por fin, un ominoso silencio.

-Dicté sentencia... y se ha cumplido -murmuró *El Coyote-.* Él creía, acaso, ir hacia la vida. Creo que así es mejor.

-¿Cómo pudo dejar que marchara a la muerte?

-Debiste ver con qué indiferencia permitió que se asesinara a Banning; pero tú estabas allí y lo sabes mejor que yo. Ahora tenemos que dictar sentencia contra Esley Carr. Dictarla y ejecutarla.

-¿Cómo saldrá del rancho? Está vigilado...

-Este rancho tiene más entradas y salidas secretas que todas las que están visibles. Ni el propio Bolders las conoce. Vamos.

El Coyote apretó un resorte oculto y un trozo rectangular de pared giró suavemente sobre unos invisibles goznes, dejando al descubierto el principio de una escalera que se perdía en las profundidades de la casa.

Capítulo X

Ésta es mi última lucha

Esley Carr rebuscaba afanosamente por el despacho de Bauer. Necesitaba hallar las pruebas que el estanciero había reunido contra él, y con las cuales le tenía en sus manos, en tanto que él, perdidos los documentos que le arrebató *El Coyote,* no tenía defensa contra su jefe.

Llevaba dos horas y media buscando y ya desesperaba de encontrar lo que tanto necesitaba cuando, de pronto, su mirada se posó en un cuadro cuya descolorida tela representaba una playa. Al apartar la vista de él, diciéndose que jamás se le ocurriría buscar allí, cuando este mismo pensamiento le dio la idea de que por el hecho preciso de que nadie creería que allí se guardaran unos documentos importantes era muy posible que el cuadro fuera el escondite elegido.

Dirigióse a él y disponíase ya a descolgar el cuadro, cuando una voz que nunca olvidaría, a pesar de haberla oído sólo una vez, le dijo:

-No le aconsejo que toque ese cuadro, *sheriff.*

Esley Carr no se volvió. No necesitó volverse para saber que detrás de él estaba *El Coyote.* Permaneció con las manos tendidas hacia el cuadro, e inmóvil, como convertido en piedra.

-Vuélvase, Carr -exclamó, viendo ante él a Echagüe-.

-¿Cómo...? ¿Entonces...?

-Sí, entonces Bolders, Blythe, Baker y Beach me vieron de verdad. Fui a prevenirles de lo que les iba a ocurrir... No, Carr, no trate de empuñar su revólver. Caería muerto antes de poder desenfundarlo. Además de César de Echagüe soy *El Coyote* y si hace usted memoria recordará a un viejo minero que fumaba una pipa de mazorca. Sí, fue el día del incendio. Necesitaba estar cerca de usted, y adopté un disfraz tan bueno que le engañó perfectamente.

-Pero... usted ha muerto...

-No, no soy un fantasma. No morí. Su hombre de confianza era más hombre de confianza del *Coyote* y no disparó sobre mí. Al contrarío, nos pusimos de acuerdo para fingir mi muerte. Y la fingimos tan bien que ahora hay cuatro hombres prácticamente condenados por haberme asesinado.

-¿Qué quiere de mí? -preguntó Esley Carr.

-¿Qué se merece usted?

Carr permaneció callado y César, siguió:

-Bauer ha muerto. Venía hacia aquí para entregarme unos documentos acerca de usted; pero sus hombres dispararon cumpliendo órdenes de usted y le mataron. De asesinos se valió Bauer para llegar a rico y asesinos le han matado. Es la vieja ley del talión. Mató a hierro y a hierro ha muerto. Usted... Usted sabe quién es *El Coyote* y, por eso sólo, aunque no hubiera nada peor, tendría que morir.

-¿Me asesinará?

-¿Le asusta la idea de morir asesinado? Es curioso que siempre sean los asesinos los que mueren con más cobardía. Cuando hizo ahorcar a Banning y a aquellos cuatro mejicanos, usted reía alegremente, como viendo un espectáculo. Lástima que ellos no puedan verle ahora.

-¿Me asesinará? -repitió, incrédulamente, Carr.

-No, no le asesinaré. Lleva usted un revólver y le concedo la oportunidad de empuñarlo. Yo no dispararé hasta que su revólver esté fuera de la funda. Es más de lo que usted ha ofrecido a los que han caído en sus manos.

-No me defenderé.

-Como quiera. También yo tengo servidores que le ahorcarán con mucho gusto.

-Podríamos llegar a un acuerdo...

-*El Coyote* no acepta condiciones de ningún criminal. Veo en su pecho una estrella de *sheriff.* Es la más indignamente llevada que he conocido. Procuraré metérsela dentro del corazón para que así, cuando le recojan, no vean que *El Coyote* ha tenido que matar a un representante de la ley.

En este momento César de Echagüe volvió la cabeza a un lado, como atraído por un ruido.

Esley Carr no vaciló en aprovechar aquella oportunidad. Su mano derecha saltó hacia la culata del revólver y lo empuñó frenéticamente; pero en el momento en que levantaba el percusor, el revólver de César de Echagüe disparó una vez. En seguida disparó tres veces más y, antes de que el *sheriff* del Valle de la Grana cayera sin vida a sus pies, las cuatro balas habían destrozado la estrella de plata, distintivo del cargo que tan canallescamente desempeñó en vida Esley Carr.

César de Echagüe contempló un momento el cadáver; luego, de encima de la mesa de trabajo de Bauer tomó una hoja de papel y escribió:

MI SENTENCIA FUE DE MUERTE. ADJUNTO LAS PRUEBAS.



Luego sacó de detrás del cuadro los documentos que probaban los delitos que sobre su conciencia tenía Esley Carr, y los dejó, junto con la nota, prendidos con un alfiler, en el cadáver del *sheriff.*

Por fin, apagando la luz, César de Echagüe regresó hacia el rancho de Bolders, e introduciéndose por entre unos matorrales, entró en una estrecha cueva que, poco a poco, se fue ensanchando hasta convertirse en un pasadizo que le llevó a una cámara subterránea de la cual partían varias escaleras ascendentes. El joven subió por una de ellas y, a los pocos momentos, los asombrados ganaderos que llenos de tristes pensamientos aguardaban en el salón del rancho el nacimiento del nuevo día, vieron, por segunda vez, aparecer a César de Echagüe, que penetró por una puerta secreta que se abría en el fondo de la gran chimenea.

-Esta vez no quiero hacer el fantasma -sonrió el joven-. Al contrario, vengo a ayudarles a escapar. Síganme.

Como nada podía ser peor que lo pronosticado para el día siguiente, los cuatro hombres siguieron a César, que los guió hasta fuera del rancho.

-Es la primera noticia que tengo de la existencia de este pasadizo -declaró, asombrado, Bolders.

-Fue construido por los españoles -explicó César-. Y en unos tiempos en que convenía tener salidas secretas por si acaso los indios sitiaban el rancho. Cierta persona me indicó el camino. Por eso me aparecí ante ustedes, utilizando el camino que conducía a la puerta secreta de la chimenea.

-¿Pero no estaba usted muerto? -preguntó Beach, mientras se dirigían hacia Grana, dejando el rancho inútilmente vigilado por los hombres de Carr.

-No. Esley Carr dio orden de matarme; pero un amigo me ayudó y me hizo ver la conveniencia de permanecer oculto y dejar creer en mi muerte.

-Carr nos la cargó a nosotros -dijo Baker-. Quería acabar con todos.

-Asesinó a Bauer -dijo Echagüe-. Le vi caer acribillado a balazos a la puerta del rancho, cuando trataba de huir, quizá en busca de socorros. Mañana podrán volver a recoger su cuerpo. Ahora es mejor que nos dirijamos a Grana. Una vez se demuestre que estoy vivo, cesarán todos los cargos contra ustedes y podrán reparar sus culpas.

-¿Qué culpas? -preguntó Bolders.

-Las de la ambición -contestó César-. Deben devolver a sus dueños, si pueden encontrarlos, las tierras que les quitaron y, desde luego, a la hija de Banning deberán entregarle lo que era de su padre. Y no olviden que hay cierta persona que les vigila y a la cual deben, en realidad, su salvación.

-¿Quién es esa persona? -preguntó Beach.

-La misma que le salvó a usted la vida.

-¿El Coyote?

-Sí. Él me salvó a mí, me enseñó los caminos secretos y me dijo, hace un momento, que Esley Carr había sido ejecutado. También me dijo que lo mismo que ha hecho con Esley Carr podrá hacer con otros.

-Creo que tiene razón -murmuró Bolders-. Hemos sido demasiado ambiciosos y por ello hemos podido ser víctimas de los manejos de ese canalla de Carr.

Estaban ya cerca de Grana y César anunció:

-Les dejo, pues quiero dar a mi esposa la noticia de que estoy vivo.

Todos se rieron y se despidieron alegremente de él.

César entró en el hotel, causando el asombro y hasta el terror del propietario, y subió a su habitación, donde Leonor, que había sabido de antemano la verdad, fingió una alegría que superaba, en ruido, a la demostración de dolor que había dado cuando se le comunicó la noticia de la supuesta muerte de su marido.

-¡No sabe cuánto me alegro de que esté vivo! -aseguró Lucy a la vez que estrechaba la mano del californiano-. ¡Fue usted tan bueno conmigo!

-Yo también me alegro mucho -aseguró Philip, que no se apartaba de la muchacha.

César les miró un momento en silencio y luego anunció:

-Tengo que darles malas noticias, señor Bauer. Se refieren a su padre.

-¿Qué...?

-Murió cuando intentaba salir del rancho de Bolders para buscar socorro. Dispararon sobre él y murió instantáneamente.

Philip Bauer inclinó la cabeza y un estremecimiento recorrió su cuerpo. No llegó a llorar, pero su emoción era tan grande que le habría sido imposible pronunciar ni una sola palabra. Lucy acercóse lentamente a él, y apoyó una mano en su espalda. La hermandad de dolores los unía con lazos todavía más fuertes.

-Vamos -dijo César, saliendo de la habitación-. Tendrán muchas que decirse.

-También yo tengo algo que decirte, César -sonrió Leonor.

-¿Qué?

Estaban en el pasillo y César volvióse hacia su mujer.

-¿No comprendes? -preguntó ésta.

-¿El qué?

-Lo que tengo que decirte.

-¿Cómo he de comprenderlo?

-No es tan difícil.

-Pero... ¿No será que...?

-Eso mismo -sonrió, ruborizándose, Leonor.

-¿De veras? -gritó César.

-De veras -respondió Leonor.

-Pero, ¿estás segura?

-Segurísima.

-¡Oh!

César de Echagüe parecía un niño. Casi saltaba de alegría.

-¿Cuándo será?

-Dentro de unos cinco meses.

-¿Y será un muchacho?

Leonor ruborizóse aún más.

-¡Claro que será un muchacho! -exclamó César de Echagüe.

-Luego, levantando el rostro de su mujer, preguntó:

-¿Por qué has tardado en decírmelo?

-¡Pero si varias veces intenté decírtelo con un poco de disimulo y tú eras más torpe que una tortuga!

-¿Cómo iba yo a creer...? ¡Oh! Voy a decirlo a todo el mundo,

-No, César, eso debemos hablarlo sólo nosotros. Entra en tu cuarto.

Una vez en la habitación contigua, Leonor siguió:

-Ésta debe ser tu última aventura. De ahora en adelante, *El Coyote* habrá

muerto. Vas a tener muchas responsabilidades y no quiero que el padre de mi hijo ande por esos mundos esquivando balas.

César quedó pensativo, murmuró:

-Creo que tienes razón. Ha llegado el momento de colgar las armas después de la última lucha. *El Coyote* ha muerto. Quizá le eche un poco de menos, pues ha llegado a ser un gran amigo mío.

-Estoy segura de que te alegrará su muerte. Además, creo que ya no es necesario. Pronto la ley y el orden imperarán en California.

Dos detonaciones casi simultáneas resonaron en aquel momento en la calle. Leonor y su marido corrieron a la ventana y, como en respuesta a las palabras pronunciadas por Leonor, vieron cómo en el centro del arroyo, un hombre caído de bruces, con los brazos en cruz y un revólver cerca de la mano derecha, se estremecía en los últimos estertores de la agonía, mientras otro, a unos quince pasos de distancia, estaba arrodillado en el suelo y trataba de levantarse, apoyándose en un revólver de largo cañón.

Un grupo de curiosos esperaba el resultado de sus esfuerzos, y sólo cuando, perdidas las fuerzas y la vida, el hombre rodó también por el suelo, acercáronse los demás y alguien avisó al enterrador.

Leonor abrazó fuertemente a su marido y, adivinando sus pensamientos, murmuró a su oído:

-Deja que sean otros los que expongan su vida. Tú ya has hecho tu parte de trabajo.

-Tal vez; pero nunca se ha trabajado bastante cuando la seguridad de los demás está en juego.

-Entonces...
-Sí, *El Coyote* ha muerto hoy; pero quizá resucite algún día.